



Mariano Benlliure, el gran artista, ha sabido ver en esta escultura, que él titula «Del Albaicín», todo lo que hay de finura, de expresión, de vida, en estos admirables rostros morenos de la parte más típica de Granada. La gracia bronceína, rica, típica, de la raza gitana, encuentra un exacto exponente en este admirable rostro de gitanilla, que el ilustre artista ha trabajado con la insuperable maestría que hace de él una de las más altas figuras del arte español contemporáneo

(Fot. Lladó)

LOS CUENTOS DE LA ALHAMBRA

DE WASHINGTON IRVING

El Gobernador y el Escribano

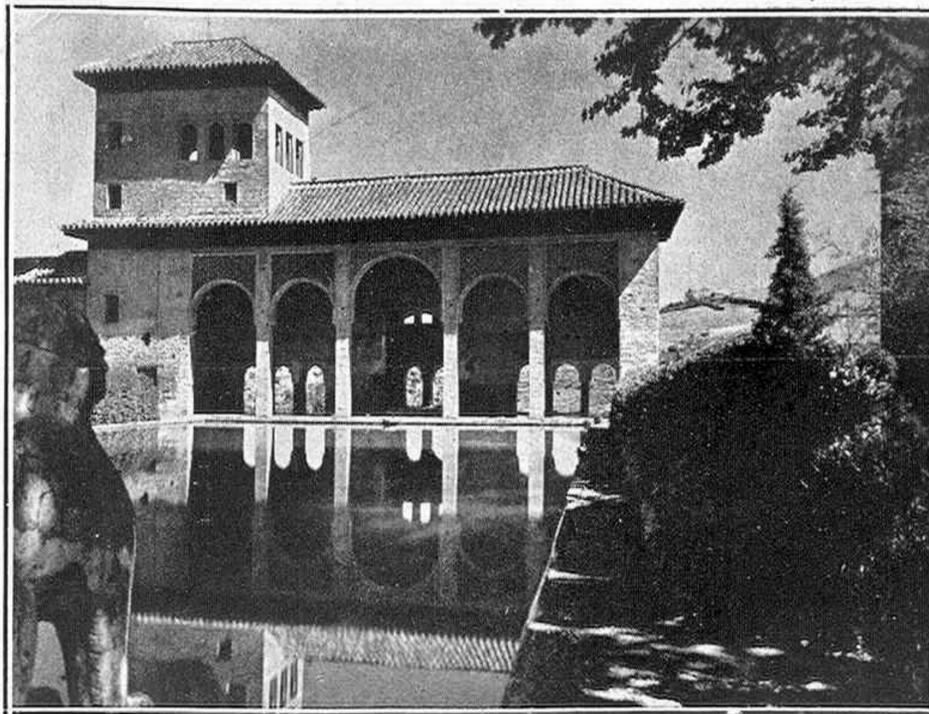
EN tiempos que pasaron, fué gobernador de la Alhambra un anciano y valeroso caballero, el cual, por haber perdido un brazo en la guerra, era comúnmente conocido con el nombre de *El gobernador manco*. Mostrábase por todo extremo orgulloso de ser un veterano; con sus largos bigotes que le llegaban á los ojos, sus botas de montar y una espada toledana tan larga como una pica, y llevando siempre el pañuelo dentro de la cazoleta de su empuñadura.

Sucedía, pues, que era excesivamente celoso y rígidamente severo y escrupuloso en conservar todos sus fueros y privilegios. Bajo su gobierno se habían de cumplir al pie de la letra todas las inmunidades de la Alhambra como Sitio Real; no se le permitía á nadie entrar en la fortaleza con armas de fuego, ni aun con espada ó bastón, á menos de ser personaje de cierta categoría; y se obligaba á los jinetes á desmontarse en la puerta y á llevar el caballo por la brida. Como la colina de la Alhambra se eleva en forma de protuberancia en medio del suelo de Granada, era por demás enojoso para el capitán general que mandaba en la provincia tener un *imperium in imperio*, un pequeño Estado independiente en el centro de sus dominios; situación que se hacía entonces más intolerable, así por la rigidez del viejo gobernador, que llevaba á sangre y fuego la más mínima cuestión de autoridad ó de jurisdicción como por la traza maleante y levantisca de la gente que poco á poco se iba subiendo á vivir en la fortaleza tomándola como lugar de asilo, y desde donde ejercitaban el robo y el pillaje á expensas de los honrados habitantes de la ciudad.

En tal estado de cosas era consiguiente que vivieran en una perpetua enemistad y querrela continua el capitán general y el gobernador, mucho más extremadas por parte de este último por aquello de que la más humilde y pequeña de dos potestades vecinas es siempre la más celosa de su dignidad. El majestuoso palacio del capitán general hallábase situado en la plaza Nueva, al pie de la colina de la Alhambra; en él pululaba á todas horas una gran multitud de gente: los destacamentos que hacían la guardia, la servidumbre y los funcionarios de la ciudad. Un baluarte saliente de la fortaleza de la Alhambra dominaba el palacio y la antedicha plaza pública, frente por frente de ella; y allí era donde el manco gobernador acostumbraba pasearse con su espada toledana colgada al cinto y mirando abajo á su rival, como el halcón que espía á su presa desde la alta copa del árbol secular.

Cuando bajaba nuestro gobernador á la ciudad, bajaba siempre de gran parada á caballo, rodeado de sus guardias, ó en su coche de ceremonia, antiguo y pesado armatoste español de madera tallada y cuero dorado, tirado por ocho mulas y escoltado por caballeros y lacayos; entonces el buen viejo se lisonjaba de la impresión de temor y admiración que causaba en los espectadores por su calidad de vice-regente del rey, aunque los zumbones de Granada, y en particular los que frecuentaban el palacio del capitán general, se burlaban de su ridículo boato en miniatura y llamaban al pobre gobernador *El rey de los mendigos*, aludiendo á la traza harapienta y mísera de sus vasallos.

Motivo perenne de discordias entre ambas autoridades era el derecho que creía tener el gobernador á que le dejasen pasar libres de portazgo las provisiones para su guarnición; como que



Un patio de la Alhambra

(Fot. Lladó)

poco á poco dió lugar este privilegio á que se ejerciese un contrabando escandaloso y á que una partida de contrabandistas asentara sus reales en las viviendas de la fortaleza y en las numerosas cuevas de sus alrededores, haciendo negocios en alta escala, en confabulación y connivencia con los soldados de la guarnición.

Despertóse al fin la vigilancia del capitán general, el cual consultó con su asesor y factótum, que era un astuto y enredador escribano que gozaba en aprovechar cuantas ocasiones se le ofrecían para molestar al viejo gobernador de la Alhambra y envolverlo en enredosos litigios judiciales. Aconsejó, pues, al capitán general que insistiese en su derecho de registrar los convoyes que pasaran por las puertas de la ciudad, y le redactó un largo documento vindicando su derecho. El gobernador manco era uno de esos veteranos que no entienden de razones ni de leyes y que aborrecía á los escribanos más que al mismo diablo, y al tal escribano de marras más que á todos los escribanos del mundo juntos.

—¡Hola!—decía el hombre retorciéndose fieramente el mostacho—. ¿Conque el señor capitán general se vale del tal escribanito para ponerme á mí en aprietos? ¡Pues yo le haré ver que un soldado viejo no se deja arrollar por un curial!

Cogió, pues, la pluma, y emborrónó una breve carta, en la cual, sin dignarse entrar en razones, insistía en su derecho de libre tránsito; conminando con que no quedaría impune cualquier aduanero que pusiese su insolente mano en un convoy protegido por el pabellón de la Alhambra.

Mientras se agitaban estas cuestiones entre las dos testarudas autoridades, sucedió que llegó cierto día una mula cargada de víveres para la fortaleza al Puente de Genil, por el cual tenía que pasar y atravesar luego en su camino un barrio de la ciudad en dirección hacia la Alhambra. Iba guiando el convoy un malhumorado cabo, ya viejo, que había servido mucho tiempo á las órdenes del gobernador, y era su *alter ego* en la manera de pensar, y duro también y fuerte como una hoja toledana. Al llegar junto á las puertas de la ciudad puso el cabo el pabellón de la Alhambra sobre la carga de la mula, y, tomando un aire marcial, avanzó adelante con la cabeza erguida, pero con el ojo avizor y atento, como perro que pasa por un campo enemigo, alerta y dispuesto á ladrar ó á dar un mordisco.

—¿Quién vive?—dijo el centinela portazguero.

—Soldados de la Alhambra—contestó el cabo sin volver la cabeza.

—¿Qué lleváis ahí?

—Provisiones para la guarnición.

—Adelante.

Pasó el cabo, ufano, seguido de su convoy; pero no bien había andado algunos pasos, cuando varios aduaneros se arrojaron sobre él desde el puente.

—¡Alto ahí!—gritó el jefe—. Para, mulatero, y abre esos fardos.

Albéniz y Bretón, en la música; Pradilla, López Mezquita, Rodríguez Acosta, en la pintura; Zorrilla, Villaespesa, en la poesía; Washington Irving, Gai-vet, en la prosa... He aquí algunos de los nombres más destacados entre los artistas que han llevado á sus obras motivos de Granada. Washington Irving, «el peregrino ilusionado», según frase de Répide, evocó en sus famosos «Cuentos de la Alhambra» ambientes y tradiciones del admirable palacio. He aquí una de esas tradiciones, correspondiente á los días en que Granada había ya dejado de ser la ciudad sin par de los Alhambres

Giró en redondo el cabo y se puso en orden de batalla, diciéndoles: —¡Respetad el pabellón de la Alhambra! Estos objetos son para el gobernador.

—¡Un cuerno para el gobernador y otro para su pabellón! ¡Matero, te hemos dicho que pares!

—¡Detened el vonvoy si os atrevéis!—gritó el cabo, preparando su carabina—. ¡Adelante, mulatero!

Este dió un fuerte varazo á la acémila; pero el jefe se adelantó y la cogió por el ronzal. Entonces le apuntó el cabo con la carabina, disparándole de muerte.

Al instante se alborotó la calle. Hicieron prisionero al viejo cabo, y, después de sufrir una trilla de puntapiés, bofetadas y palos—introducción que propina *impromptu* el populacho español como primicias anticipadas á los rigores de la Ley—, fué cargado de cadenas y encarcelado en la ciudad, en tanto que se les permitió á sus camaradas el proseguir con el convoy hasta la Alhambra, después de haber sido registrado á su sabor.

El viejo gobernador se puso dado á los diablos cuando supo el insulto inferido á su pabellón y la prisión de su cabo. Por algún tiempo desfogó meramente su mal humor paseándose por los moriscos salones ó arrojando sangrientas miradas de fuego desde su baluarte al palacio del capitán general. Mas luego que se calmó del primer arrebato de cólera, envió un mensajero pidiendo la entrega del cabo, alegando que á él sólo le pertenecía de derecho el juzgar y entender de los delitos cometidos por sus súbditos. El capitán general, auxiliado del socarrón del escribano, le arguyó, después de mucho tiempo, que, como delito cometido dentro del recinto de la ciudad y en la persona de uno de sus empleados civiles, no ofrecía duda que competía á su jurisdicción. Replicó el gobernador repitiendo su demanda, y volviólo á contestar el capitán general con un alegato mucho más extenso, y razonando siempre con fundamentos legales. Enfurecíase el gobernador más y más, mostrándose más rígido y obstinado en su petición, en tanto que el capitán general se manifestaba cada vez más prolijo y sereno en sus respuestas; con lo que el veterano, que tenía el corazón de un león, bramaba de furia al verse enredado en las mallas de una controversia curialesca.

En tanto que el sutil escribano se divertía de este modo á expensas del gobernador, seguía con actividad el sumario del cabo, el cual se hallaba encerrado en un estrecho calabozo de la cárcel, sin tener más que una ventanilla enverjada por donde asomaba su curtido rostro y por donde recibía los consuelos de sus amigos.

El infatigable escribano extendió sin levantar mano—siguiendo el procedimiento español—un mamotreto de declaraciones y diligencias, con las que consiguió completamente confundir al cabo y que se declarase convicto y confeso de asesinato; en vista de lo cual fué sentenciado á morir en la horca.

En vano el gobernador protestó y lanzó fulminantes amenazas desde la Alhambra. Llegó al fin el día fatal, y el cabo fué puesto en capilla, según se acostumbra hacer siempre con los criminales el día antes de la ejecución, á fin de que mediten en su próximo fin y se arrepientan de sus pecados.

Viendo las cosas en tal extremo, determinó el viejo gobernador resolver el asunto en persona; para lo cual ordenó preparar su coche de ceremonia, y rodeado de sus guardias bajó por los

paseos de la Alhambra á la ciudad. Paró á la casa del escribano, é hizo que lo llamasen al portal. —¿Qué es lo que me han dicho? ¿Habéis condenado á muerte á uno de mis soldados?—dijo gritando el gobernador.

—Todo se ha hecho con arreglo á la Ley y con estricta sujeción al procedimiento judicial—contestó con cierta fruición el escribano, sonriéndose y frotándose las manos—; puedo enseñar á su excelencia las declaraciones que constan en el proceso.

—Traedlas acá—dijo el gobernador.

El escribano se metió en su despacho, contentísimo de tener nueva ocasión en que mostrar su destreza á costa del testarudo veterano.

Volvió con un voluminoso legajo de papeles, y empezó á leer con la alta entonación y con las especiales maneras propias de los de su oficio. A la vez que leía fbase aglomerando un corro de gente, que permanecía escuchando con la boca abierta.

—Hacedme el favor de subir al coche—le dijo el gobernador—, y nos libraremos de este gentío de impertinentes curiosos que no me dejan oiros.

Entró el escribano en el carruaje, é inmediatamente, en un abrir y cerrar de ojos, cerraron la portezuela, crujió el cochero el látigo, y mulas, carruaje, guardias, todo partió en vertiginosa carrera, dejando atónita á la muchedumbre; y no paró el gobernador hasta que aseguró su presa en uno de los calabozos mejor fortificados de la Alhambra.

Envió acto seguido un parlamentario con bandera blanca, á estilo militar, proponiendo un canje de prisioneros: el cabo por el escribano. Sintióse herido en su orgullo el Capitán General; rehusó el cambio, dando una negativa insultante, y mandó levantar una horca sólida y elevada en el centro de la plaza Nueva para llevar á vías de hecho la ejecución del cabo.

—¡Hola! ¿Conque va á ahorcarle?—dijo el Gobernador.

Entonces ordenó que levantasen un patíbulo junto á la muralla principal que daba á la plaza Nueva.

—Ahora—dijo en un mensaje que dirigió al Capitán General—ahorque usted cuando quiera á mi soldado; pero al mismo tiempo levante usted la vista por encima de la plaza y verá usted á su escribano bailando en el aire.

El Capitán General se mostró inflexible; formáronse las tropas en la plaza, redoblaron los tambores, tocaron á muerto las campanas y se reunió allí gran número de espectadores para presenciar la ejecución; en tanto que allá arriba, en la Alhambra, formó el Gobernador toda la guarnición en *El Cubo*, mientras doblaba la campana de la Torre de la Vela anunciando la muerte del escribano.

La esposa de éste atravesó la muchedumbre seguida de su numerosa prole de *escribanillos en embrión*, y arrojándose á los pies del Capitán General le suplicó que no sacrificase la existencia de su marido, su bienestar y el de sus numerosos hijos por una cuestión de amor propio, «pues Su Excelencia conoce bastante bien—le dijo—al viejo Gobernador para dudar de que no ejecute su amenaza si Su Excelencia ahorca al soldado».

Moviése á conmiseración el Capitán General ante sus lágrimas y lamentos y los clamores de su tierna familia. Envió al cabo á la Alhambra escoltado por un piquete y vestido con la hoga de ajusticiado, encaperuzado como un fraile, pero con la frente levantada y su rostro inmutable, y pidió en canje al escribano, según se había solicitado. Sacaron del calabozo, más muerto que vivo, al antes sonriente y satisfecho curial; toda su arrogancia había desaparecido completamente—según decían—habían encanecido sus cabellos de terror, presentándose con aire abatido y con la mirada extraviada, como si hubiese sentido el contacto de la cuerda fatal en su cuello.

El viejo Gobernador cruzó su único brazo encorvado y miró al escribano por breves instantes con riera sonrisa, diciéndole:

—De aquí en adelante, amigo mío, modere usted su celo por enviar gente á la horca, y no confíe usted en su salvación, aunque tenga de su parte la Ley; pero, sobre todo, tenga usted mucho cuidado de no andarse con bromitas otra vez con este viejo veterano.

GRANADA

(FRAGMENTO DE LA SERENATA DE ALBÉNIZ)

Es la «Suite Española» de Isaac Albéniz, no obstante pertenecer á la primera época del gran compositor español, de lo más sincero é inspirado de su total obra. Aunque la técnica del artista no habia alcanzado por entonces los refinamientos armónicos y de factura, que luego, al llegar la plena madurez de su talento, hubo de adquirir bajo la influencia de las escuelas francesa y rusa modernas, ofreciendo en definitiva esa magnífica foración musical que es la «sui-



te «Iberia», la musa lírica de Albéniz cantó en esta bella serie de diez cuadros españoles con tal espontaneidad melódica, tal hondura de sentimiento y tan emocionante sencillez, que, aun habiéndoles sucedido más tarde páginas mejor construidas y más profundamente pensadas, no han logrado empañar la inmarcescible belleza de las iniciales, entre las que la primera de la serie, «Granada», se destaca como espléndido diamante en diadema de sultana nazarita..

ALLEGRETTO *smo*

PIANO *pp*

LAS TORRES DE LA ALHAMBRA

Más allá de la torre de Comares, de la Alhambra real siguiendo el muro, recuerdo de los blancos alminares de Damasco y esbelto cual seguro, dominando alamedas seculares de frescas sombras y de ambiente puro, se alza un torreoncillo de arabesco estilo, aéreo, blanco y pintoresco.

Su cabeza gentil no se levanta coronada de sólidas almenas, ni su robusta construcción espanta con aspilleras de espingardas llenas. Defiéndenle no más soledad santa y quietud misteriosa, y bien ajenas de apariencia marcial, siempre cerradas sus celosías con primor caladas.

Tal vez despide al despuntar el día en espirales mil humo de aromas cual rebete oriental su celosía; tal vez los ecos de las verdes lomas despierta por la noche la armonía de los cantos que exhala, y las palomas y aves, á quienes place su murmullo, la aduermen con sus trinos y su arrullo.

Es esta torrecilla solitaria un sagrado alminar, y su clausura destinada no más á la plegaria de la mañana, goza el aura pura del valle y la extensión y vista varia de la vega teraz desde su altura. Es el mirab del Rey do sólo él ora, y tal vez la mujer que le enamora.

Hoy, con escarnio de la Fe, le habita, transformando en harén de sus amores el alminar de la oración bendita y en camarín de sueños tentadores, Zoraya, la insolente favorita: destinando sus áureos miradores de su ocioso mirar para recreo, para atalaya de su vil deseo.

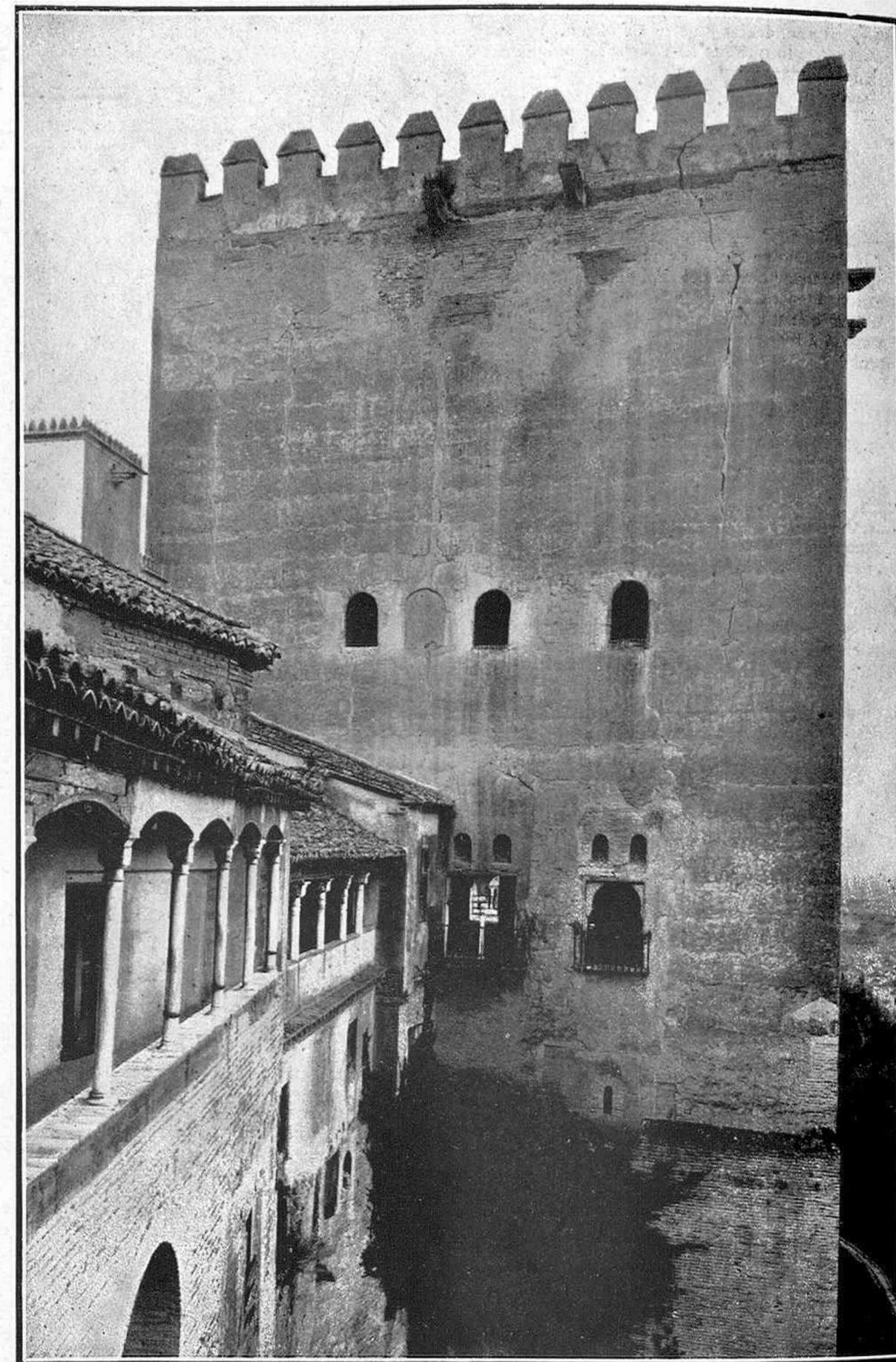
Alcánzase desde ellos la sombría torre que guarda á la rival Sultana, y ella afanosa sin cesar espía desde allí la prisión de la Africana. Por eso ocupa el mirador que impía con su presencia criminal profana. Mas Dios á su rival tendió la mano y ya, libre Boabdil, la espía en vano.

Sobre campo y ciudad el delicioso mirab descuella como erguida palma; y es en verdad lugar maravilloso para elevar al Criador el alma, ya del alba temprana en el reposo, ya de la noche en la apacible calma; y el Moro y el Judío y el Cristiano ven desde allí del Criador la mano.

¡Quién no te cree, Señor, quién no te adora cuando, á la luz del sol en que amaneces, ve esta rica ciudad de raza mora salir de entre los lóbregos dobleces de la nocturna sombra, y á la aurora abriendo sus moriscos ajimeces ostentar á tus pies lozana y pura, perfumada y radiante su hermosura!

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro dormida en el tapiz de su ancha vega; yo te adoro, Señor, cuando respiro su aura salubre que entre flores juega; yo te adoro, Señor, desde el retiro de esta torre oriental que el Dauro riega; y aquí tu omnipotencia revelada, yo te adoro, Señor, sobre Granada.

¡Bendita sea la potente mano que llenó sus colinas de verdura, de agua los valles, de arboleda el llano,



La Torre de Comares, de la Alhambra

(Fot. Torres Molina)

de amantes ruseñores la espesura, de campesino aroma el aire sano, de nieve su alta sierra, de frescura sus noches pardas, de placer sus días y todo su recinto de armonías!

Yo te conozco, ¡oh, Dios!, en los rumores que á este árabe balcón me trae el viento perfumado entre pámpanos y flores, y armonizado con el grato acento de las aves de Abril. Tantos primores producto son de tu divino aliento, porque á tu aliento creador se aliña con sus mejores galas la campiña.

Tú soplas, ¡oh, Señor!, desde la altura y saltan los collados de alegría, y se cubre de flores la llanura, y se llenan los bosques de armonía, y se aduermen las aguas en la hondura, y sin nublados resplandece el día;

que en tus ojos la vida reverbera y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay región recóndita en el mundo en donde más tu majestad se ostente, donde sea tu aliento más fecundo, ni la tierra en tu prez más diligente. Señor, tú estás aquí; tú en lo profundo brillas aquí del corazón creyente; tú estás aquí; tu trono y tu morada, tras este cielo azul, sobre Granada.

Dame, ¡oh, Señor!, de querubín aliento, porque pueda esta vida transitoria emplear en cantar con digno acento en medio de este edén tu inmensa gloria: y al lanzar desde aquí mi voz al viento dando á Granada su oriental historia, purifique, Señor, mi arpa cristiana el impúdico harén de una Sultana.

JOSÉ ZORRILLA



«La rendición de Granada», cuadro del insigne Pradilla

(Fot. Lladó)

EL ALMA DE GRANADA

GANIVET O LA DISTINCIÓN

TIENE Granada un acento como de correr de aguas. Agua de fuentes en sombra; agua de canales que se insinúan por entre los árboles espesos; agua en calma del Generalife; agua de rumorosos surtidores en los estanques de los patios de la Alhambra; agua turbulenta del Darro precipitándose por la angostura. Hay también en Angel Ganivet esa íntima presencia espiritual del agua que mana y corre con la serena fatalidad de lo profundo, incontenible é inextinguible. Recuérdese con qué fruición hace el elogio del agua, de los aguadores y de ese arte exquisito del saber servir y beber, ó saborear, el agua fresca, arte privado y sólo consentido á los pueblos meridionales. Para que el sino del agua fuese completo, Ganivet eligió como tumba la profundidad líquida del estuario del Norte, como quien busca el término en el principio, el final de la vida en lo que ha sido origen, símbolo y representación de la propia existencia.

¡Predestinado! Fué el hombre que no acierta á venir al mundo á su hora, y por esto su vida, y en cierto modo su obra, está condenada á la tragedia. Un poco antes ó un poco después; pero nunca en aquel momento de declinación y de general inapetencia. Imaginémosnos á Ganivet en la época romántica, y no necesitaremos cometer ninguna violencia mental. Todo al contrario, le veremos conducirse como quien ha nacido en su buena hora. Escribe artículos semejantes á los de Larra, tragedias como las del duque de Rivas y poemas simbólicos como el que Espronceda dejó fracasar en su *Diablo Mundo*. Imaginamos que lo que al romanticismo español le falta de cosa lograda, Ganivet lo hubiera conseguido. Pero llegó demasiado tarde...

Y demasiado pronto. Diez ó veinte años después habría sido también su buen momento. Cuando la crisis con que terminaba la Regencia abría en España un período de mayor densidad intelectual, las Universidades se renovaban, nacían los laboratorios, llenábase de curiosidad y de literatura la Prensa. Le tocó madurar en el peor instante. Y así es como castigó por su propia mano el error de su destino. Pues en todo suicida inteligente hay siempre un juez severo que

castiga en su propia carne la culpa de la inoportunidad de su nacer. Probablemente se extraviaban quienes atribuyen como único motivo de los grandes suicidas el de un amor contrariado. Yo no puedo explicarme el pistoletazo de Larra como obedeciendo á los mismos estímulos eróticos ó pasionales que empujan al último de los horteras á quitarse la vida por una mujer. La mujer interviene, sí; pero á título de agente intermediario de que se vale la fatalidad. El motivo verdadero, tratándose de un gran escritor, se oculta más lejos y más hondo, ó sea en la región trascendente del espíritu.

De esa que llaman generación del 98 se hace partícipe á Ganivet y le atribuyen el rango principal en ella. Fué en cierto modo el causante y campeón avanzado de la generación famosa, efectivamente. Pero aun en ese puesto se encuentra Ganivet como desplazado. Entre el «acento» de Ganivet y el de los escritores más caracterizados del grupo, ¡qué diferencia tan considerable! Las lecturas han debido ser iguales; por Ganivet han pasado los mismos autores (Ibsen, Nietzsche, Maeterlinck, Dostoyevsky, Tolstoj), que han incendiado las mentes de los otros. Pero en Ganivet la catástrofe intelectual toma un aspecto y una expresión diferente. Queda en él siempre la serenidad, la profundidad y el tono del agua viva, según recordábamos al principio. Lo aparentemente sereno de esas aguas manantes y corredoras que, sin embargo, nos perturban por lo que tienen de incógnito en su origen y en su fin.

La violencia, la impertinencia, la negación como gesto habitual, componen las características más visibles del grupo del 98. Un arrivismo de provincianos que van al asalto de Madrid, y que si se ven unidos en un haz sólo es por la conveniencia de acoplar las energías para el ataque. Egoísmo y acritud. Posición de previa hostilidad frente á los valores, asistida en muchos casos por una juvenil ignorancia... Todo esto falta en Ganivet, y esa falta le hace aparecer tan dentro del 98 y, sin embargo, tan distante.

En él, más que en ningún otro, existe el tormento trascendente de la crítica. Como que es, desde el episodio de Larra, el espíritu funda-

mentalmente y propiamente crítico. Crítico hasta la tortura. Es de los espíritus que no han tenido la precaución de defenderse con las numerosas envolturas y los compartimentos estancos que la prudencia aconseja á los otros. Espíritus condenados á herirse en todos los episodios del camino y á naufragar en todas las tempestades de la razón y el sentimiento. Los problemas de la humanidad, los problemas de la historia y del arte, los problemas de España; todo venía á herir á Ganivet y á mantenerlo en un estado, más que de preocupación, de obsesión y de ansiedad.

Pero hay en él una distinción intelectual que le salva de incurrir en el gesto ó exorbitante ó brutal de los escritores del 98. Se aproxima á los problemas como el que quiere penetrarlos, y no con el aire de impertinencia del que se apresura á manosearlos. Esta actitud de respeto, llámémosle en el caso amor, se advierte sobre todo cuando pone la terrible lanceta de la crítica en los problemas, en las llagas de España. Se le siente sufrir... Es el espíritu noble (¡cuánto habría que hablar sobre la nobleza en la literatura!) que no pierde en ningún trance el dominio de la distinción, y así será siempre un ejemplo admirable para cuantos profesen el difícil y comprometido oficio del análisis.

Localismo y universalismo: he ahí la curiosa particularidad de la inteligencia de Ganivet. Parece arraigar en Granada con un profundo exclusivismo localista, y mientras recorre el mundo arrastrado por su inquietud intelectual, desde la remota y extraña Finlandia, sus ojos mentales permanecen fijos en Granada, y para sus amigos de Granada escribe sus cartas mejores. Pero es inútil. No dará la sensación del provinciano regionalista para quien el universo termina precisamente en los muros de su pequeña patria. Su espíritu es demasiado grande para localizarse. Su espíritu tiene la dimensión y la fuerza que precisan los grandes surcadores del espacio ideal para convertir en patria suya el universo entero.

José M.^a SALAVERRIA

LA PRIMERA CITA

HABÍA en un apartado barrio de Granada una mozagupa hasta dejarlo de sobra, con un palmito y una cara donde relampagueaban unos ojos como dos luceros, como dos fiebres, como dos infiernos.

Era una de estas mujeres andaluzas compendio de todas las bizarrias y de todas las hermosuras que despiertan los más dormidos deseos y hacen brotar una pasión ciega, irreflexiva, que empieza en plena calle bajo el manto estrellado de los cielos y acaba Dios sabe cómo ni dónde; pero sí enloqueciendo al que una vez tuvo la dicha de ser abeja en la rosa encendida de sus labios.

¿Y el garbo todo de su persona?

Suelto y mayestático su andar, reflejaba su airoso cuerpo la existencia de una carne entera y marmórea, donde la vida se espaciaba á sus anchas. Cuando cruzaba la calle, los hombres se apartaban á derecha y á izquierda dirigiéndola al revoleo piropos y conteniendo livianos deseos ante la fragancia de su real persona, tan suelta, de tan brava apostura, con el ramo de albahaca y jazmines en el pecho prominente y redondo.

Un estudiantillo algo aventurero, algo poeta y enamorado, fué uno de los que quisieron poner cerco á aquella fortaleza, y con tales zalamerías correspondía la hermosa á los dichos del galán, que de seductor pasó á ser seducido y á clavarse por

su propia mano el dardo envenenado que hirió de parte á parte su corazón que ardía en fiebre de avasalladores deseos. Y llegó á tal comen-zón y desasosiego, que ya sólo sabía soñar sin tino y adorar á todas horas á aquella mujer que encendió su carne y torturó su espíritu. Sólo una idea llevaba fija en su pensamiento: la de hacer suya, fuese como fuese, y aunque se opusiera el mundo entero, á aquella que había logrado hacerse dueña de su albedrío.

El imberbe estudiantillo, reunido con otros compañeros como él de incipiente bigote, les decía la hazaña que iba á realizar aquella misma noche, y de buena gana la hubiera pregonado á los cuatro vientos para que supiera todo el barrio quién era él y lo alto que sabía poner su bandera.

¡Al fin! ¡Al fin había triunfado, venciendo las esquivas de la hermosa, é iba á penetrar en aquel huerto cerrado á toda pasión malsana.

¿Qué era eso de llamarle en el barrio *mocoso* y señorito de *pitimini* y tantas pullas é indirectas como tuvo el hombre que aguantar? ¡Envidia, y nada más que envidia, porque él era *todo un hombre* y pronto iba á pasar á ser dueño absoluto de aquella real persona que á tantos traía enloquecidos. ¡El y sólo él fué elegido, porque él y sólo él tuvo gracia y arrestos para conquistar á la hembra tormento de disolutos y de calaveras.



Y pensando en todo ello, se encendía en pensamientos tumultuosos y livianos y comentaba entre sus compañeros esta gloriosa aventura.

—¿Pero es posible?

—Lo que oís. Lo que acabo de contaros. Esta es mi primera cita, mi primera aventura de amor; pero me parece que empiezo bien la carrera.

Los tres compañeros le escuchaban sin querer dar crédito aún á lo que oían embelesados.

—Bueno; pero..., ¿tú estás seguro que ella...?

—Esta es la llave de su vivienda; acaba de dármela, diciendo: «El número tres tiene mi cuarto; esta es la llave.»

—¿Y tú?...

—La llave de la vivienda, sobre la puerta el número tres y dentro, esperándome, esa tontería de mujer, la más hermosa que humanos ojos vieron.

—¿Y es la cita...?

—Falta bien poco; á las doce en punto. El portón de la calle estará entornado; yo entro, busco la puerta número tres, abro..., y ya sabéis lo demás. Ella me ha señalado para esta noche el fin de todas mis ansias.

—Pues ya es la hora.

—Nosotros esperamos en la calle hasta que salgas para celebrar tu triunfo.

—Y para convencernos de lo que aún no acabamos de creer.

Y dirigiéndoles al soslayo una compasiva

mirada, ahuecó los brazos bajo la capa y acompañando su andar, caminó apuesto y retador nuestro tenorio, seguido de los livianos estudiantillos, que ya empezaban á envidiar la suerte del que podía ufanarse diciendo:

«Ella me ha señalado para esta noche el fin de todas mis ansias.»

•••••

Hemos debido referir al comienzo de esta historia que nuestra heroína, cuya bondad de alma corría parejas con la hermosura de su cuerpo, cuidaba la estancia de un viejo gruñón abandonado de propios y extraños por su genio insufrible. Ella, con gran solicitud, cuidaba del pobre viejo, y para con más comodidad y á cualquier hora poder asear la vivienda, se había procurado una llave.

La morada del viejo huraño y gruñón estaba señalada con el número tres, y ante dicha puerta se celebraba este diálogo:

—Yo temo, vecino—lo tengo por seguro—, que la llave no es que se me ha perdido; es que de esta misma puerta la ha quitao ó lo ha mandao quitar, creyendo que vivo aquí, un pretendiente que me persigue y que tiene mu torcias las intenciones. Yo estoy sofocaíta porque como ese tal que le digo tié tan retemalos los centros, pues me temo que si me ha visto entrá aquí, entre él y...

—No temas tú, sen-trañas mías, que yo vi á dormí como los tuertos: con un ojo cerrao y el otro abierto, y á lo mejó pues le doy yo junto de acebuche y pomá p'a er pelo.

•••••

Había apenas entrado en la casa el héroe de aquella sigilosa cita que él se prometía llena de encantos y regodeos, no habrían esperado cinco minutos los compañeros de nuestro flamante tenorio, cuando lo vieron salir como alma que lleva el diablo del sitio donde tantas dichas se prometía. Y, ciego, daba vueltas y corría sin saber dónde.

—¿Dónde vas?

—¿Pero qué te pasa?—preguntaban sujetándole los compañeros.

—¡Mi amantísima madre!—gemía el estudiantillo oprimiéndose con entrambas manos la cabeza.

—Pero vamos á ver. Ella te ha abierto...

—Yo creo que sí; mira, á ver; haz el favor. Y presentaba la cabeza para que la examinasen sus compañeros.

—Aquí tienes un *chichón* del tamaño de un coco; y aquí, ¿a ver?

—¿Pero no decías que ella te había señalado para la noche de hoy?...

—Sí. Y yo creo, maldito sea su corazón, ¡que me ha señalado para toda mi vida!

(Fot. Lladó)

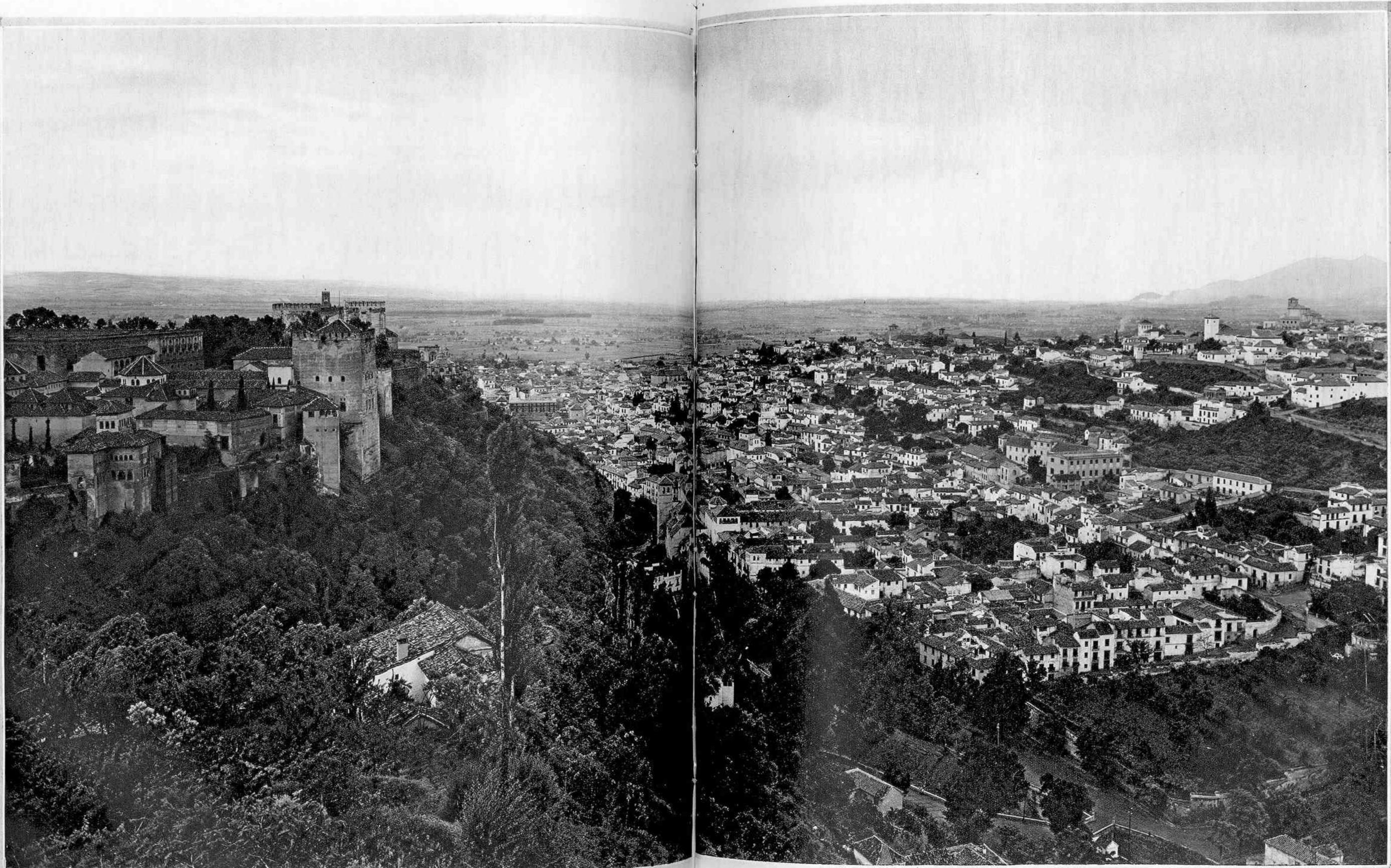
José M. GRANADA



Un patio del Generalife

En verso, fué Villaespesa el que cantó el agua de Granada, como un *leit-motiv* de la ciudad. En prosa, fué Ganivet el que en su «Granada la bella» habló de lo que el agua significaba en el ambiente granadino. He aquí un patio del Generalife, con la acequia en que duerme el agua tersa y brillante, que es gala y arrullo de la ciudad.

(Fot. Lladó)



Villalpessa ha llorado, reiteradamente, en la trama musical de sus versos, la tristeza de Granada, de sus jardines, de sus fuentes—Las fuentes de Granada...—¿Habéis oído—en la noche de estrellas perfumada—algo más doloroso que su lento gemido?...—. Zorrilla llevó también



Una vista panorámica de Granada

á la pompa de sus versos el alma triste de la ciudad mora. Y precisamente en este aspecto de Granada—evocación y melancolía—es donde reside su mayor fuente de emoción. En Granada, como en Brujas, como en Santiago, su belleza es su tristeza... (Fot. Liadó)

E L G E N E R A L I F E



Sobre el cielo ya tenue—última hora de la tarde—, recortan sus lanzas oscuras estos románticos cipreses del Generalife, que son en la estrecha avenida como una procesión de sombras melancólicas, meditabundas y altivas... (Fot. Lladó)

Muchas traducciones, á través del tiempo, se han venido dando á la palabra «Generalife». La más acertada es la de Simonet, el gran orientalista, según el cual «genna» quiere decir jardín y «alarif», alarife ó arquitecto. Anteriormente, el morisco Alonso de Castillo, autor de una traducción de las inscripciones árabes de Granada, había traducido también «Jardines del arquitecto».

Forman el Generalife dos patios cercados y convertidos, desde hace tiempo, así como sus características edificaciones, incluso las del cuerpo de construcción que las enlaza con el gran patio del palacio, en las habitaciones de los jardineros que cuidaban este antiguo sitio real. Del pri-

mer patio, al que sirve de ingreso un arco de herradura, se entra al segundo, que tiene en su frente una gradería y la puerta principal decorada artísticamente con labores de hojas, lacerías sencillas y la llave simbólica en medio. Por el centro de este segundo patio discurre la acequia, que después de regar todo el Generalife, se une á la del Rey ó de la Alhambra, de la cual se derivó. El aspecto del Generalife, en los días en que Granada era Corte mora, y aún en días posteriores, era de una incomparable belleza. Luego se ha reformado y alterado mucho, pero más tarde se han iniciado obras de consolidación y reparación que están haciendo recobrar al Generalife su antigua magnífica belleza.



Un Patio del Generalife



Tras la curva airosa de los arcos árabes, este Patio del Generalife —Generalife, jardín del alarife ó arquitector, según la versión más aceptada—es un refugio de paz y de ensueño, fondo ideal para imaginar las fantasías árabes

(Fot. Torres Molina)



Grandioso aspecto de Sierra Nevada. Vista tomada desde la línea del ferrocarril

(Fot. Torres Molina)

EMOCIONARIO ESPAÑOL

Granada tiene un lucero en la frente: Sierra Nevada

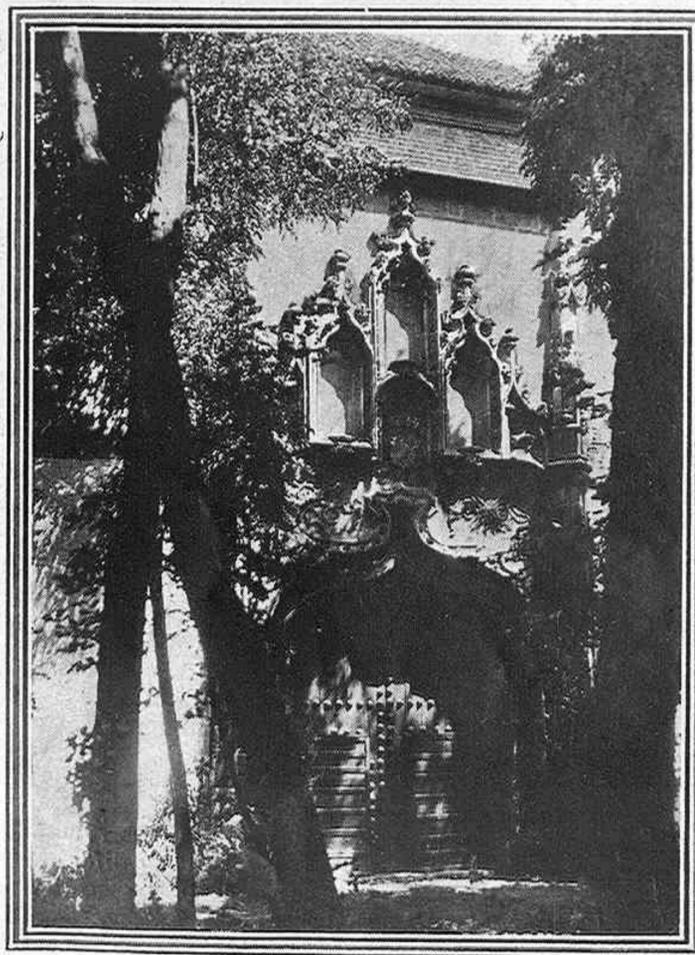
TRÍPTICO

EL ALBAICÍN, CON EL ESPÍRITU SATURADO DE TODAS LAS TRISTEZAS...

Si vas á Granada, peregrino de la vida y del mundo, y quieres pasear tu melancolía por los jardines del amor y de la muerte, detén tus pasos en el Albaicín y contempla, piensa y medita. Es el barrio granadino donde el alma del último de los reyes nazaritas, Boabdil, el enfermo de melancolía, el sádico, en las noches de luna, gime desconsolada, triste y llorosa.

Sobre el barrio trágico cayeron inevitablemente poetas de toda condición y mérito; y con exaltaciones poéticas cursis y manidas, con tópicos é imágenes absurdas, estuvieron á punto de desvirtuar su emoción. Al Albaicín tienes que ir, viajero buscador de sensaciones, limpio de prejuicios, desoyendo los cantos de tradición y de leyenda, firme el espíritu, templado el ánimo para admirarlo y sentirlo, escuchando su propio corazón.

No hace falta que tu imaginación á marchas torzadas—¿para qué?—se traslade á otras épocas. Ni que pasees tu fantasía en unión de libros, citas ni pintorescos cicereños, para que te satures de todas las melancolías, de todas las tristezas. Detén tus pasos, viajero anhelante de visiones que refresquen tu espíritu, en la plaza de San Nicolás. Verás la vega granadina, más reina que todas las reinas, y embriagarás tus sentidos con un mar de luz, con torrentes de



El Albaicín, donde en cada sitio el viajero buscador de emociones encontrará una nueva visión que refresque su espíritu cansado (Fot. Alfonso)

oro, que caen desde el cielo terso y limpio. Al fondo, Sierra Nevada tingiendo transparencias de brillantes, de ónix y berilos; crisólitos y piedras de calcedonia. A tus pies, la vega granadina te sugiere bellísimas concepciones, haciéndote olvidar el mundo y la humanidad...

Respiras libremente; te sientes más cerca de la Naturaleza, que te invita con la más enloquecedora sonrisa á que la ames y la comprendas. Allí está la verdad única é inmutable, sin hipérboles ni rancias conminerías humanas: la verdad, que se te va adentrando en lo más hondo del pensamiento.

Después, inquieto buscador de emociones, continúa recorriendo el Albaicín, donde en cada sitio encontrarás una nueva visión. Y cuando en la ciudad lo recuerdes, tu alma, saturada de todas las tristezas, sentirá un ansia infinita de volver á él para robarle el misterio á los jardines del amor y de la muerte, que son sus cármes, donde cada flor es una mujer y cada mujer una flor...

SIERRA NEVADA, EL LUCERO QUE TIENE GRANADA EN LA FRENTE

Hemos encontrado Sierra Nevada—después de muchos meses de ausencia—más imponente que nunca. Nos ha hecho temblar de emoción. Alfonsito, el joven y popularísimo Alfonsito, que nos acompaña, trémulo, no sabe—á fuerza de innumerables parajes á cuál más hermoso—dónde

dirigir su máquina, y exclama á cada momento:

—¡Nada tan encantador como esto!... ¡Granada es la ciudad más atrayente que he visto! Pero, sobre todo, Sierra Nevada, querido, es realmente el más poderoso incentivo de la tierra de los Alhambres..., grandiosa, incomparable.

El tren caminaba vertiginosamente por entre precipicios infernales. Frente á nosotros, tres gigantes: el Muley-Hacen, el Veleta y la Alcazaba, con sus cabezotas blancas de viejos triunfantes, sobre los que no pueden nada ni los hombres ni los siglos, nos señalan imperativamente rutas gloriosas: las rutas de la emoción, la emoción que nos acompañará toda la vida, acariaciada después en horas de lucha y de inquietud.

El ferrocarril á Sierra Nevada (bello sueño de los granadinos, que se ha realizado merced á la voluntad de acero, al recio temple del duque de San Pedro de Galatino) aún no llega á las alturas. Quédase en las laderas, en las estribaciones. Jadeante, pretende escalar miles y miles de metros..., pero no puede. El ilustre prócer nos decía en su palacio de Madrid las vicisitudes, inquietudes y variantes que tuvo el plan, plan que él solo llevó á la práctica.

LA ALHAMBRA. COMO UN CORAZÓN DE MUJER

¡Ruinas! Polvo de oro de los siglos es la carcoma de los murallones. En cada hueco, un recuerdo; en cada muro, una historia. Ya hemos cantado los escritores á las ciudades, á los campos, al paisaje. Encaramados á las columnas grises y amazotadas de los diarios, lo hemos dicho millones de veces. Cantemos ahora á las ruinas, atemperándonos á los momentos que vivimos, haciendo literatura fácil, sin fondo, cantemos á las ruinas. Por esto nosotros, que en estas mismas columnas y en tiempos no lejanos y más fecundos y más felices y, ¡ay!, más propicios á sentir en voz alta, hemos hablado de la Alhambra en sus diversos aspectos, emociones y sugerencias, hoy nos contentamos con hablar de sus ruinas. Magníficas ruinas que se van desmoronando al calor del sol, que acogen las gotas del

rocío en su lecho mortuario. Los amaneceres son los resposos de las ruinas que se desmoronan, se deshacen. No quieren servir ni de más emoción ni de más contemplación.

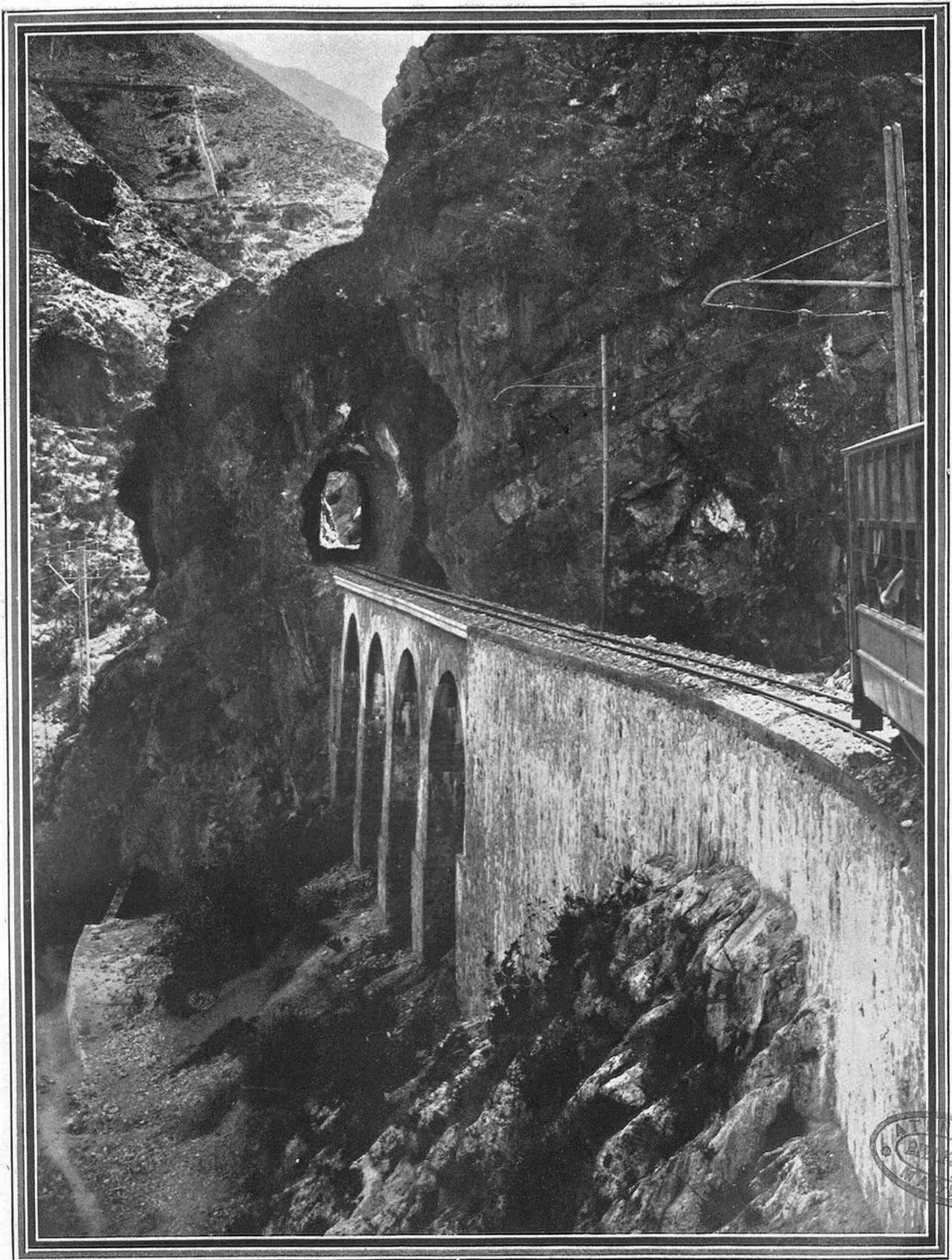
Son las ruinas de la Alhambra como el recuerdo de una gran pasión. La Alhambra es como el corazón de una mujer; de una hembra que muere de amor, y en soberbio arranque, delirante y trémula, quiere morir antes de ver el inmenso martirio de su amor muerto, de su amor que no volverá jamás á hacerla enmudecer ni acertar á pronunciar las frases que diría á torrentes; ni

sentir el chorro caliente de su sangre más lozana, más fresca y pujante que nunca.

¡Esta es la impresión que producen las históricas ruinas de la Alhambra!

¡Ruinas! He ahí el majestuoso poema de la Alhambra..., el recuerdo de una pasión. Como un corazón de mujer fieramente atormentado por las visiones, por la nostalgia de aquella gran pasión que se fué para siempre, para siempre, refugiándose en los cipreses de algún cementerio derruido...

JOAQUÍN CORRALES RUIZ



El ferrocarril á Sierra Nevada, que se ha realizado merced á la voluntad de acero del duque de San Pedro de Galatino, camina por entre precipicios infernales...

(Fot. Alfonso)



EL ALBAICÍN GRANADINO



ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

Vigeroso acento propio, rasgos inconfundibles de color y de tipismo, espíritu, en una palabra, guardan todavía estas cuestas, estas callejas, estas casas del Albaicín granadino. En la traza antañona, irregular, del viejo barrio, se esconde, como en toda Granada, esa nostalgia que han parecido dejar en la ciudad los lejanos reyes moros

(Fot. Alfonso)

LA ALHAMBRA DESDE EL ALBAICÍN



En los paseos por Granada, en las diferentes perspectivas que se contemplan desde los magníficos alrededores de la ciudad, la Alhambra, con su torres doradas, es el «ritornello» continuo, la joya de arte que domina, ampara y simboliza el alma quieta y evocadora de la ciudad nazarita.

(Fot. Alfonso)



La Virgen de las Angustias, Patrona de Granada

HAY, en las devociones españolas, un hecho innegable: el fervor hacia las Virgenes. Pocas veces, en el entusiasmo religioso de las provincias ó de las regiones, esa corriente de amor va hacia las figuras varoniles del cristianismo. La simple enumeración de las más destacadas devociones españolas confirma esto: La Virgen de Montserrat, en Cataluña; la «Mare dels Desamparats», en Valencia; la Virgen de Begoña, en Vizcaya; la Virgen del Pilar, en Zaragoza; la Virgen de las Angustias, en Granada... Las devociones hacia los Santos son menores: Santiago, en Galicia; San Fermín, en Navarra...

Granada rinde culto á esta tradición, tan española, de las Virgenes. Su Patrona es la Virgen de las Angustias. Viejos y jóvenes, varones y mujeres, aristócratas y obreros, mantienen ardentemente ese acrisolado fervor hacia la Virgen triste y bonita, en cuyo rostro de dolor se prenden las miradas de todos los granadinos.

En cuantas ocasiones presenta el desfile de los días del año, en cuantas solemnidades se celebran, Granada tiene siempre motivo para exteriorizar esta gran devoción suya y reiterar su vivo sentimiento religioso. Los que sufren, los que esperan, los que aman, envían sus calladas oraciones á la Virgen. Ella es la madre buena de la mujer que aguarda al hijo que está en la guerra, y la madre de la mocita que llora desvíos ó alienta esperanzas, y la madre del hombre que gime desalentos ó se ve azotado por la vida. En el nombre, tan granadino, de la Virgen de



Interior de la iglesia de la Virgen de las Angustias, antes del incendio



las Angustias, ponen todo su amor y toda su fe cuantos se acercan á la sagrada imagen en pos de un consuelo.

La iglesia parroquial en que se venera la Patrona de Granada, es un hermoso templo, que está decorado, sin embargo, con muy mal gusto. El retablo del altar mayor y el camarín de la Virgen, obras costosísimas de ricos mármoles, son del estilo de Churriguera.

Hay en el templo cuadros excelentes, y catorce estatuas colosales de Cornejo, talladas con valentía. Las alhajas de la Virgen son de un enorme valor material y artístico.

La portada de la iglesia y las torres son de proporciones irregulares, poco bellas. Costeadas por el ilustre granadino D. Miguel Rodríguez Acosta, se han colocado una rica balaustrada y una verja de bronce en el altar mayor.

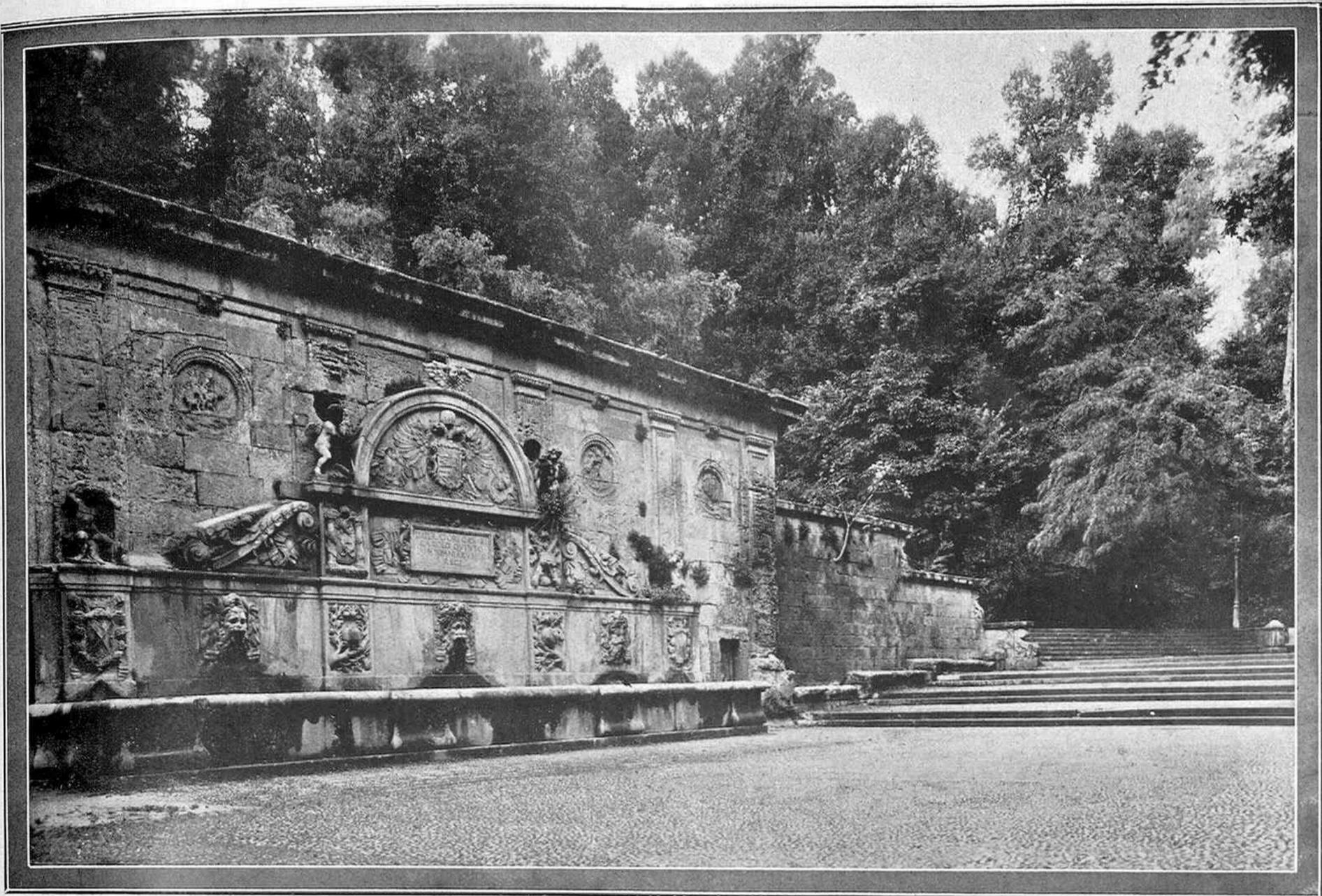
En el solar que hoy ocupa la iglesia, hubo, á principios del siglo XVI, una ermita dedicada á las santas Ursula y Susana, y en ella se rendía culto á una imagen de la Virgen de las Angustias. En esta ermita se fundó la Hermandad protegida por Felipe II.

La iglesia actual de la Virgen de las Angustias se edificó en la segunda mitad del siglo XVII. Dirigió las obras de su construcción el maestro Ortega. La imagen de la Virgen, labrada en mármol, que está en la fachada, es de Bernardo de Mora y su hijo José. El retablo principal, de Rada y Valero. Según una tradición,

la Virgen apareció en el siglo XVII. Es tan grande la devoción de los granadinos por su Virgen, que en una ocasión en que el templo se quemó, el pueblo salvó la imagen.

Nuestra Señora de las Angustias, Patrona de Granada, salvada milagrosamente por el pueblo la noche del incendio, que destruyó su iglesia

(Fots. Torres Molina)



La Fuente de Carlos V, en los jardines de la Alhambra

(Fot. Llado)

LAS FUENTES DE GRANADA

Fragmento de «El alcázar de las perlas», de Francisco Villaespesa

Las fuentes de Granada...
 ¿Habéis sentido,
 en la noche de estrellas perfumada,
 algo más doloroso que su triste gemido?

Todo reposa en vago encantamiento
 en la plata flúida de la luna.
 Entre el olor á nardos que se aspira en el viento,
 la frescura del agua es como una
 mano que refrescase la sien calenturienta.

El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
 su sueño, y al oído
 del silencio le cuenta
 las leyendas que viven á pesar del olvido,
 ¡y bajo las estrellas de la noche tranquila
 tiene palpitaciones de corazón herido!
 ¡La voz del agua es santa!
 ¡Quien la profunda música de su acento adivina,
 comprenderá algún día la palabra divina!...
 ¡El agua es guzla donde Dios sus misterios canta!

Las fuentes de Granada...
 ¿Habéis sentido,
 en la noche de estrellas perfumada,
 algo más doloroso que su triste gemido?

Una, gorgoteante, suspira entre las flores
 de un carmen, esperando la mano de un ensueño
 que abra á la blanca luna sus claros surtidores
 para dar á la noche sus diamantes de sueño,
 y mientras sobre el mármol, una á una, desgrana
 las perlas de sus ricos collares de sultana.

Algunas se despeñan con ecos de torrentes
 y entre las alamedas descienden rumorosas,
 arrastrando en el vivo fulgor de su corriente,
 en féretros de espumas, cadáveres de rosas.

Otra, por las paredes resbala, lentamente,
 y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,
 como si poco á poco, por una estrecha herida,
 se fuese desangrando hasta quedar sin vida.

Las hay ciegas, y en ellas
 llora toda la móvil plata de las estrellas.
 Hay en el aire tanta humedad, que da frío.
 La noche un fresco aroma acuático deslíe.

El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,
 y, dominando el gárrulo y eterno murmurio,
 se oyen plañir las roncadas serenatas del río...

¡La sangre de Granada corre por esas fuentes,
 y en el hondo silencio de las noches serenas,
 al escuchar sus músicas sobre las viejas fuentes,
 la sentimos que corre también por nuestras venas

Aduerme nuestro espíritu su musical encanto;
 bebemos el ensueño de sus respiraciones;
 penetra hasta la carne en lentas filtraciones
 y huye por nuestros ojos en un furtivo llanto...

Las fuentes de Granada...
 ¿Habéis sentido,
 en la noche de estrellas perfumada,
 algo más doloroso que su triste gemido?

LAS MÁRGENES DEL RÍO DARRO



Entre las ciudades mundiales de arte—Venecia, Brujas, Florencia, Toledo—Granada tiene un acento propio, inconfundible. Esta capital no es sólo su pasado, su tradición de leyenda y de arte, el aroma de su historia y de sus consejas. Granada es, también, la ciudad de magnífica belleza natural, de la vega ubérrima, de las perspectivas amplias y jugosas. Y, además, es la ciudad que en sus calles, en sus cuevas, en sus recodos, guarda—he aquí en nuestra fotografía una margen del río Darro—el encanto pintoresco, tan poco frecuente ya, de una construcción y un trazado típicos

(Fot. Sol)



La Catedral de Granada



He aquí una bella vista del altar mayor de la Catedral granadina. En la construcción del edificio intervinieron, desde 1523, en que fué comenzada, Enrique Egas, Diego de Siloe y Alonso Cano, que hizo la fachada principal (Fot. Liadó)



EL MONUMENTO DE GRANADA A GANIVET

GRANADA ha alzado en la Alhambra el monumento á uno de sus hijos más ilustres: el pensador insigne Angel Ganivet, cuya obra de luz, de emoción y de inteligencia adquiere más honda significación á través del tiempo. Otro granadino, el admirable escultor Juan Cristóbal, es el autor de este monumento, sobrio, noble, severo, con que la ciudad quiere recordar á su hijo eminente. En la historia del pensamiento español, el

nombre y la obra de Ganivet se destacan con vigoroso acento propio. *Idearium español, Los trabajos del infatigable creador Pío Cid, Cartas finlandesas*, sostienen—como cimientos luminosos—la altura á que hoy está el escritor. El fervor de Granada hacia su hijo preclaro se basa, además de en esta nota de su nacimiento, en aquel admirable libro de estética urbana que Ganivet tituló *Granada la Bella*. (Fot. Liadó)

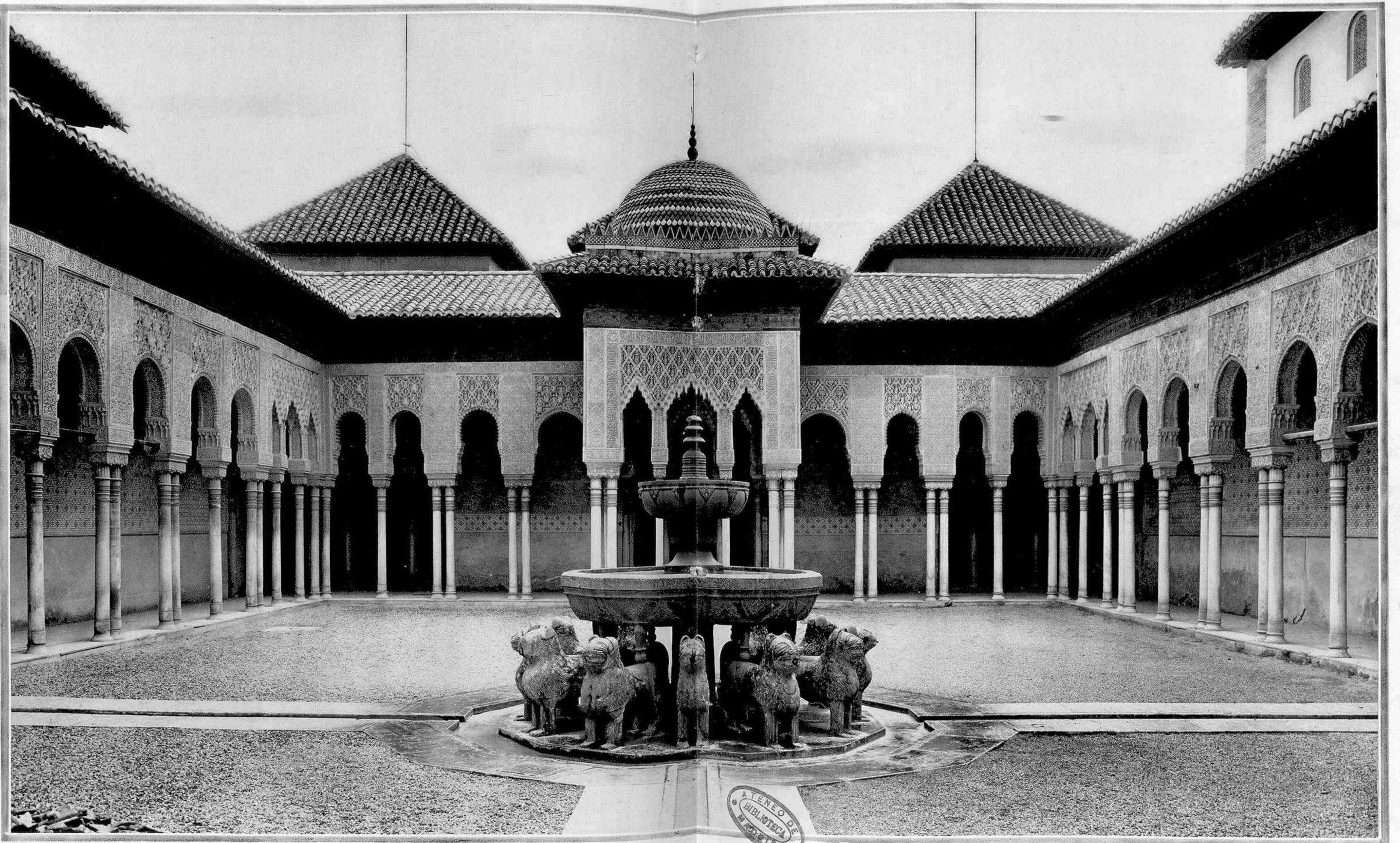


Ambiente de gitanería

No podía faltar, en esta serie de motivos granadinos, esta estampa tradicional y castiza de la gitanería. El Albaicín, sus cuevas pintorescas, son el escenario en que se mueven estas figuras de traza inconfundible, reliquia de flamenquismo, apuntes de colorines y de luces. En las estancias sencillas, encaladas, útiles brillantes de cocina, la guitarra, el mantoncillo...

Escenario de juerga gitana ofrecido á la curiosidad turista. Acaso, en la estancia, en todos sus aspectos, demasiado aliño, demasiada corrección: aire «pour l'exportation», aspecto convencional, presentado para el cliché fotográfico ó para el rollo de película. Todo parece dispuesto para la «juerga» próxima á empezar: de las cuerdas de la guitarra, las manos sabias, estremecidas, del tocador arrancarán vibraciones lentas, hondas, apasionadas—«... la prima que canta y el bordón que llora...»— El mantoncillo breve adornará el cuerpo de una gitanilla: un cuerpo menudo, elástico y moreno, que tendrá ondulaciones felinas y retorcimientos de fiebre en el vértigo delirante ó en la lentitud ritual del baile flamenco...





EL CÉLEBRE PATIO DE LOS LEONES, EN LA ALHAMBRA

He aquí el más famoso patio granadino. Ante la gracia esbelta de sus columnas, ante la curva elegante de sus arcos, ante los viejos azulejos multi-
colores, flotan nostalgias y recuerdos de los días en que la media luna árabe imperaba sobre la ciudad nazarita. Nostalgias y recuerdos que pasan,
en cortejo de estrofas brillantes, por los versos luminosos, musicales, de Zorrilla y Villaespesa...

(Fot. Lladó)

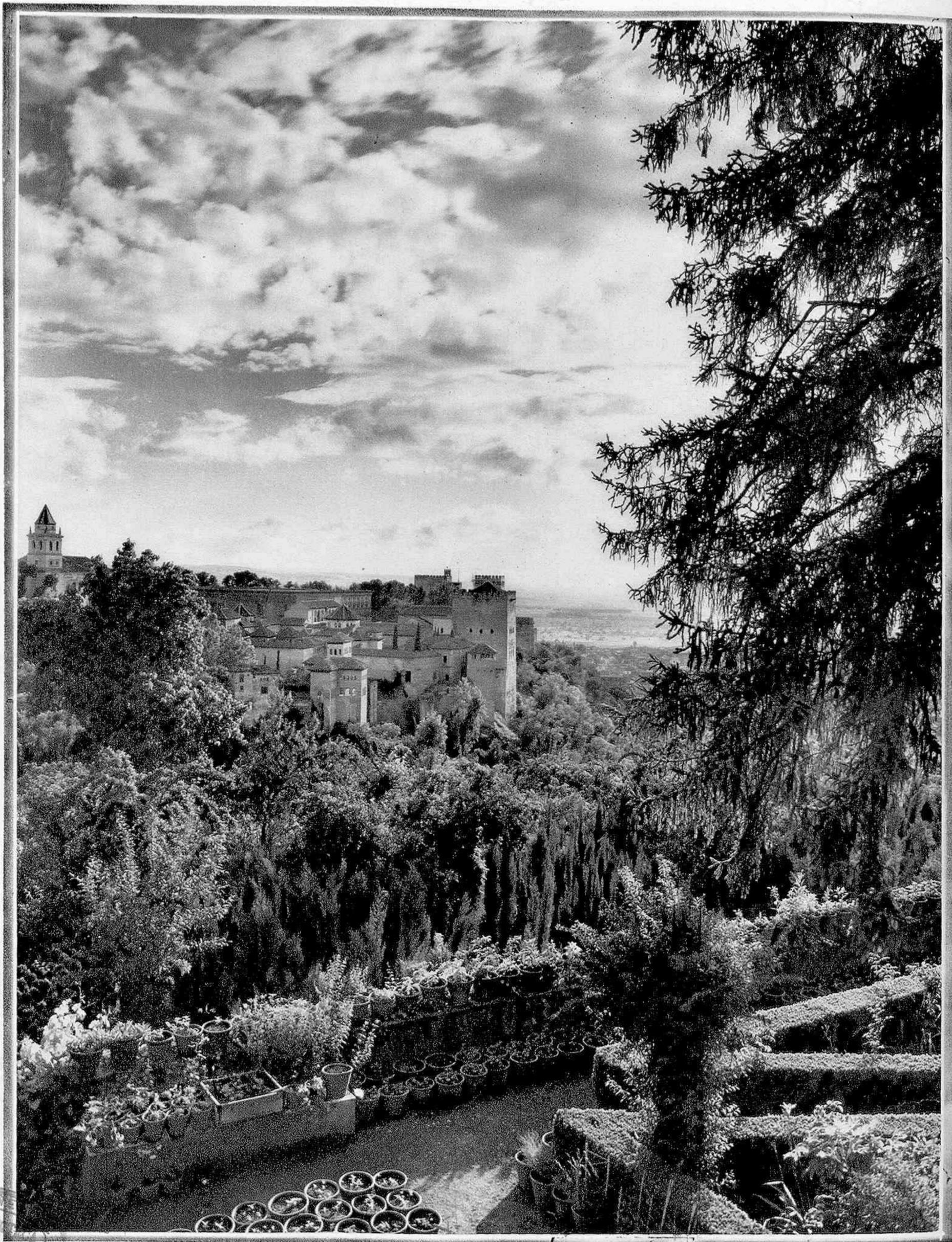


LOS MAGNÍFICOS JARDINES DE LA ALHAMBRA



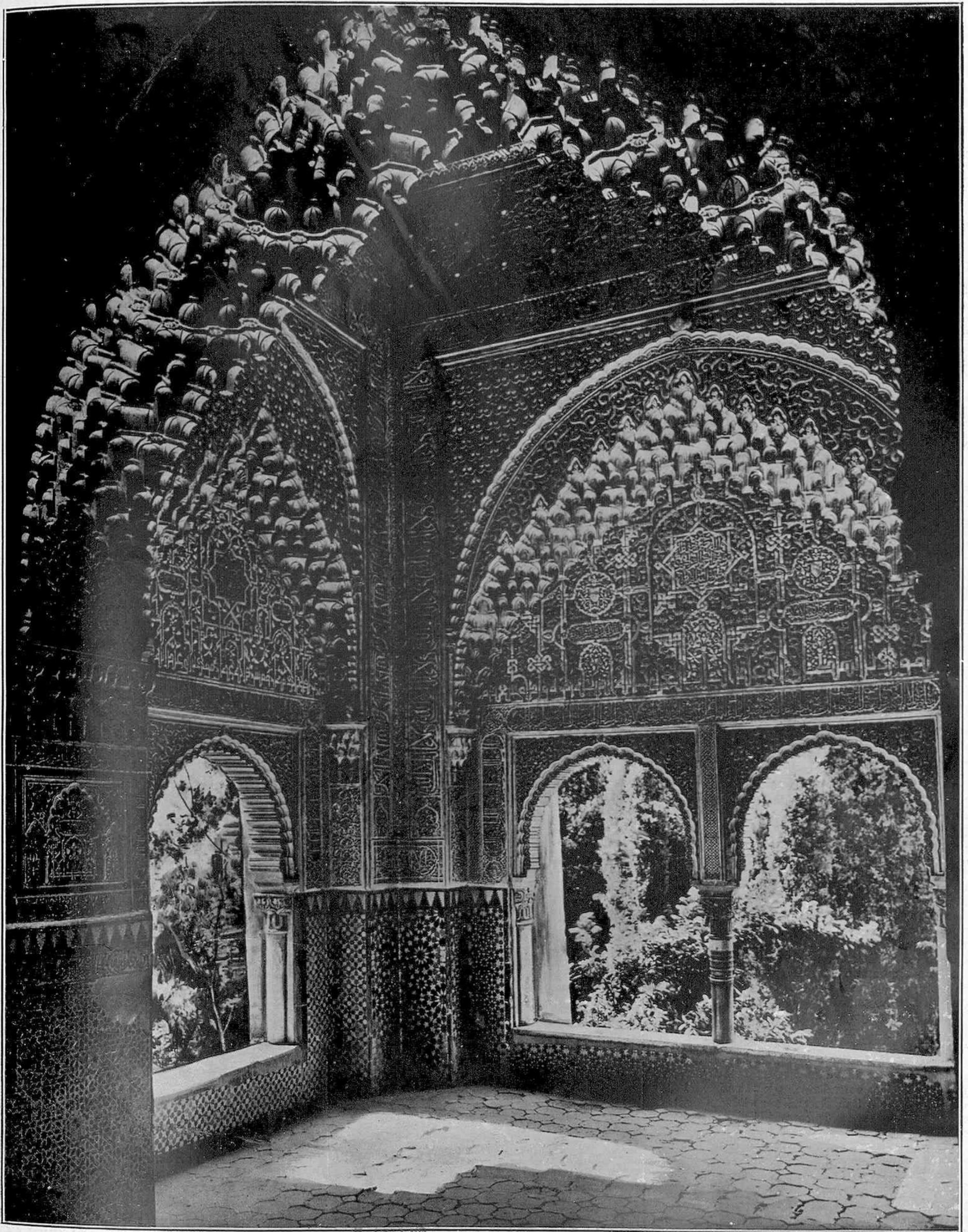
La Alhambra... ¿Cuántas páginas de arte y de luz, de color y de ritmo, se habrán tejido en elogio de esta maravillosa Alhambra granadina, que es uno de los más ricos florones de España? Verso, lienzo, página musical, cantan, tradicionalmente, el alma, hecha á la vez de amor y de nostalgia, de estos jardines granadinos, que son la sonrisa de España. (Fot. Lladó)





**UNA VISTA DE LA ALHAMBRA
DESDE EL GENERALIFE**

Granada, la Alhambra, el Generalife... Viejos nombres llenos de una romántica belleza tradicional; palabras diversas que son, sin embargo, una misma poesía, una misma emoción de arte y de paisaje Fot. Liadó)



El Mirador de Lindaraja

En el tesoro incomparable de suntuosidad y de emoción que es la Alhambra, una de las bellezas más famosas es este Mirador de Lindaraja, por el que la sultana asomó á los jardines su hermosura y sus sueños

(Fot. Lladó)





Vista de Granada, según un dibujo de Velázquez que se conserva en la Biblioteca Nacional

66 GRANADA, LA BELLA 66

UN CAPÍTULO DE LA OBRA DE ESTE TÍTULO DE ÁNGEL GANIVET

LUZ Y SOMBRA Si desde estas alturas en que vivo se tiende la vista hacia el Ecuador, se observa que, conforme el calor y la luz van aumentando, las ciudades se van apiñando y en cada ciudad las calles se van haciendo más estrechas; llega un momento en que ya no pueden estrecharse más, y la ciudad se disuelve; estamos en el desierto solitario ó en los bosques habitados por los salvajes en cabañas dispersas. Las ciudades del Norte de Rusia, de Finlandia, de Suecia ó de Noruega necesitan, antes que nada, buscar sol, luz, porque son ciudades de invierno; por esto sus calles tienen que ser anchísimas, tanto más anchas cuanto los edificios son más altos, para que los unos no reciban sombra de los otros. A primera vista, parecería mejor acercarlos mucho para que estuvieran más abrigados; pero de hecho resulta que el mejor abrigo es el aire. Dentro de las casas el hombre se defiende contra el frío, y vive como en una estufa; fuera de ellas, no pudiendo defenderse por completo, busca en el aire frío y en la nieve su defensa más segura, y no va en coches cerrados, sino en trineos. El día que yo llegué á San Petersburgo la temperatura era de 15 grados bajo cero, y la nieve caía con furia; y á pesar de mi falta de costumbre, pasé el día corriendo en trineo por toda la ciudad sin que el frío me molestara. Las bofetadas de aire y los azotazos de nieve me mantuvieron en constante reacción. Si hubiera ido en coche cerrado, es probable que hubiera cogido una pulmonía.

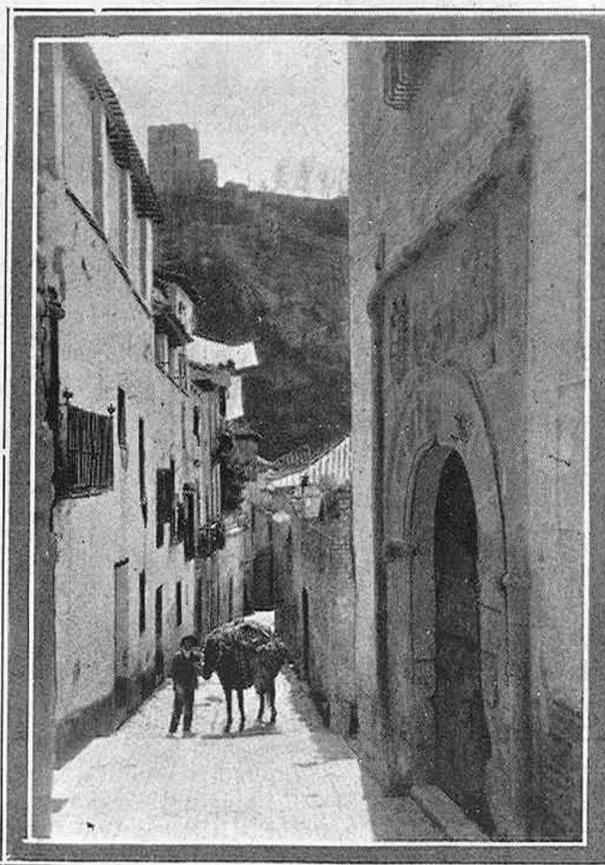
Las ciudades de la costa, desde Noruega á Flandes, sufren más de la lluvia que del frío. En algún punto de Noruega los caballos se espantan cuando ven á un hombre sin paraguas; lo toman, sin duda, por un ser monstruoso y maléfico. Desde que se llega á la Flandes francesa, yendo hacia el Norte, empieza á notarse el cambio en la construcción de edificios; los techos cónicos, muy

puntiagudos para que escurra el agua; los pisos habitables montados sobre uno ó dos subterráneos para defenderse de la humedad, y las calles ensanchándose á medida que el sol alumbra menos.

En las ciudades meridionales las casas se acercan, se juntan, hasta besarse los aleros de sus tejados. Sobra luz, sobra sol, y el aire caliente agosta á las personas como á las plantas; hay, pues, que buscar sombra y tescura. Y si el calor es tan fuerte que no hay medio de luchar contra él, el hombre se coloca bajo la protección de la Naturaleza: se defiende con los árboles, ya en la ciudad, ya fuera de la ciudad.

Todos estos hechos son muy conocidos; pero se los olvida en los momentos en que sería más oportuno recordarlos. Granada es una ciudad de sombra: á pesar de su exposición y de la proximidad de la Sierra Nevada, que producen grandes irregularidades climatológicas, su carácter es el de una ciudad meridional; su estructura antigua, que es la lógica, obedece á la necesidad de quebrar la fuerza excesiva del sol y de la luz, de detener las corrientes de viento cálido; por eso sus calles son estrechas é irregulares, no anchas ni rectas. Y, sin embargo, la aspiración constante es tener calles rectas y anchas, porque así las tienen «los otros». Mucho que no se nos ocurra desear abrigos y gorros de pieles, como los que llevan las gentes de por acá.

Hay días del año en que es peligroso cruzar la Carrera de Genil desde el Campillo á la Puerta Real: todo el mundo echa por las callejuelas de la espalda. Transformemos éstas en otra calle ancha, y tendremos que ir por la calle de Navas; demos á esta calle la anchura de la plaza del Carmen hasta unir esta plaza con la de los Campos, y será preciso dar la vuelta por la calle de la Colcha. Habrá tres «grandes arterias» para incomunicar dos extremos de la población. No es esto



La calle de la Zafra, en el Albaicín (Fot. Torres Molina)

decir que no podamos tener calles anchas y plazas anchísimas: ahí están el Salón, la Carrera y el Triunfo, sino que el ensanche de una calle ó plaza exige un abundantísimo arbolado. Uno de los parajes más pintorescos de Granada es la parte descubierta del Darro: si para facilitar la circulación se continuara la bóveda hasta el extremo de la Carrera, se causarían muchos daños sin ninguna seria compensación. El río sufre allí con ventaja la falta de árboles, y siendo grande la distancia entre las casas, el efecto es como si la calle fuera estrecha. Con el embovedado la calle sería más ancha, perdería su frescura y su gracia, vendría á ser como una prolongación de la calle de Méndez Núñez, vulgar en sí y ridícula en relación con las calles tortuosas, oscuras, que hasta ella descienden. Yo conozco muchas ciudades atravesadas por ríos grandes y pequeños: desde el Sena, el Támesis ó el Sprée hasta el humilde y sediento Manzanares; pero no he visto ríos cubiertos como nuestro aurífero Darro, y afirmo que el que concibió la idea de embovedarlo la concibió de noche: en una noche funesta para nuestra ciudad. El miedo fué siempre mal consejero, y ese embovedado fué hijo del miedo á un peligro, que no nos hemos quitado aún de encima. En todas partes se mira como un don precioso la fortuna de tener un río á mano; se le aprovecha para romper la monotonía de una ciudad; si dificulta el tráfico, se construyen puentes de trecho en trecho, cuyos pretilos son decorados gratuitamente por el comercio ambulante, en particular por las floristas; y si amenaza con sus inundaciones, se trabaja para regularizar su curso; pero la idea de tapar un río no se le ha ocurrido á nadie más que á nosotros, y se nos ha ocurrido, parecerá paradoja, por la manía de imitar que nos consume desde hace una porción de años.

En el antiguo estado de guerra permanente, las ciudades vivían oprimidas dentro de sus murallas; en nuestro tiempo la guerra es un fenómeno pasajero, y el progreso del arte militar ha hecho inútiles esos medios de defensa, substituidos hoy por fuertes estratégicos ó por campos atrincherados; las ciudades derribaron sus viejas fortificaciones, como los guerreros soltaron sus pesadas armaduras, y nació la idea del ensanche impulsada con mayor ó menor fuerza, según el desarrollo de las poblaciones, según el grado de fecundidad de las mujeres. Las primeras ciuda-



Verja de la Capilla Real y Casa Ayuntamiento de Granada
(Fot. Lladó)

des que pusieron la idea en ejecución fueron las que más castigadas habían sido por la guerra. La planicie que más se presta en Europa para los ejercicios bélicos es la comprendida entre el Rin y el Sena; apenas se da por allí un paso sin tropezar con el recuerdo de una batalla; allí dimos nosotros, entre mil, las de San Quintín y Rocroy; Europa contra Napoleón la de Waterloo; Alemania contra Francia la de Sedán.

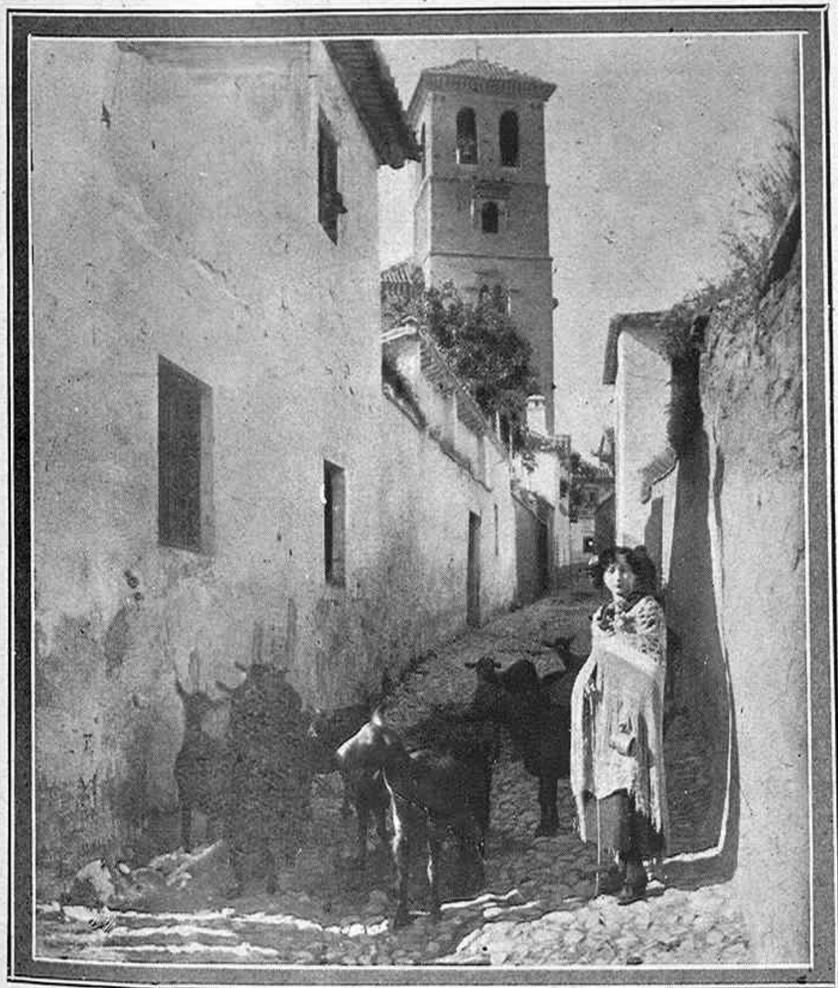
Mons fué en nuestro tiempo la llave de Europa; Namur nos lo tomó en persona Luis XIV, dando ocasión al buen Boileau para que compusiera una oda, que los mismos franceses citan como ejemplo de ridiculez; en Amberes sostuvimos un sitio famoso en los fastos de la guerra. Brujas, cuna del arte gótico; Gante, patria de Carlos V; Ipres, foco del jansenismo, uno de los esfuerzos más vigorosos realizados en Francia para crear la Iglesia nacional; Dismude, famosa por su excelente manteca; Aude-narde, un embrión de ciudad gótica, ahogado en flor; Malinas, Corte y segunda patria de la insigne Margarita de Austria, la negociadora de la paz de Cambray, hoy ciudad sacerdotal, austera, donde recuerdo haber encontrado hombres del pueblo con cara de obispos; todas estas ciudades fueron centros de guerra, y en todas ellas se nota ese primer movimiento de expansión, á veces no proseguido, para estirarse libremente después de años y siglos de postura violenta é incómoda.

Esta idea del ensanche pudo muy bien mantenerse en los límites del buen gusto con sólo acomodarse á las condiciones de cada una de las ciudades que se trataba de ensanchar; pero no tardó en complicarse con otra idea nueva, que

para abreviar bautizaré con el nombre de americanismo. Los colonos que iban á América á establecerse podían instalarse allí sin atender á tradiciones que no existían; y como su deseo era ir de prisa, fundaron la ciudad exclusivamente útil y prosaica. A veces, una compañía de ferrocarriles crea, á modo de estaciones, núcleos de población, que en unos cuantos años, como Chicago ó Minneápolis, son capitales de un millón ó medio de almas. Más bien que capitales son aglomeraciones de *buildings* ó estaciones de ferrocarril prolongadas en todos sentidos.

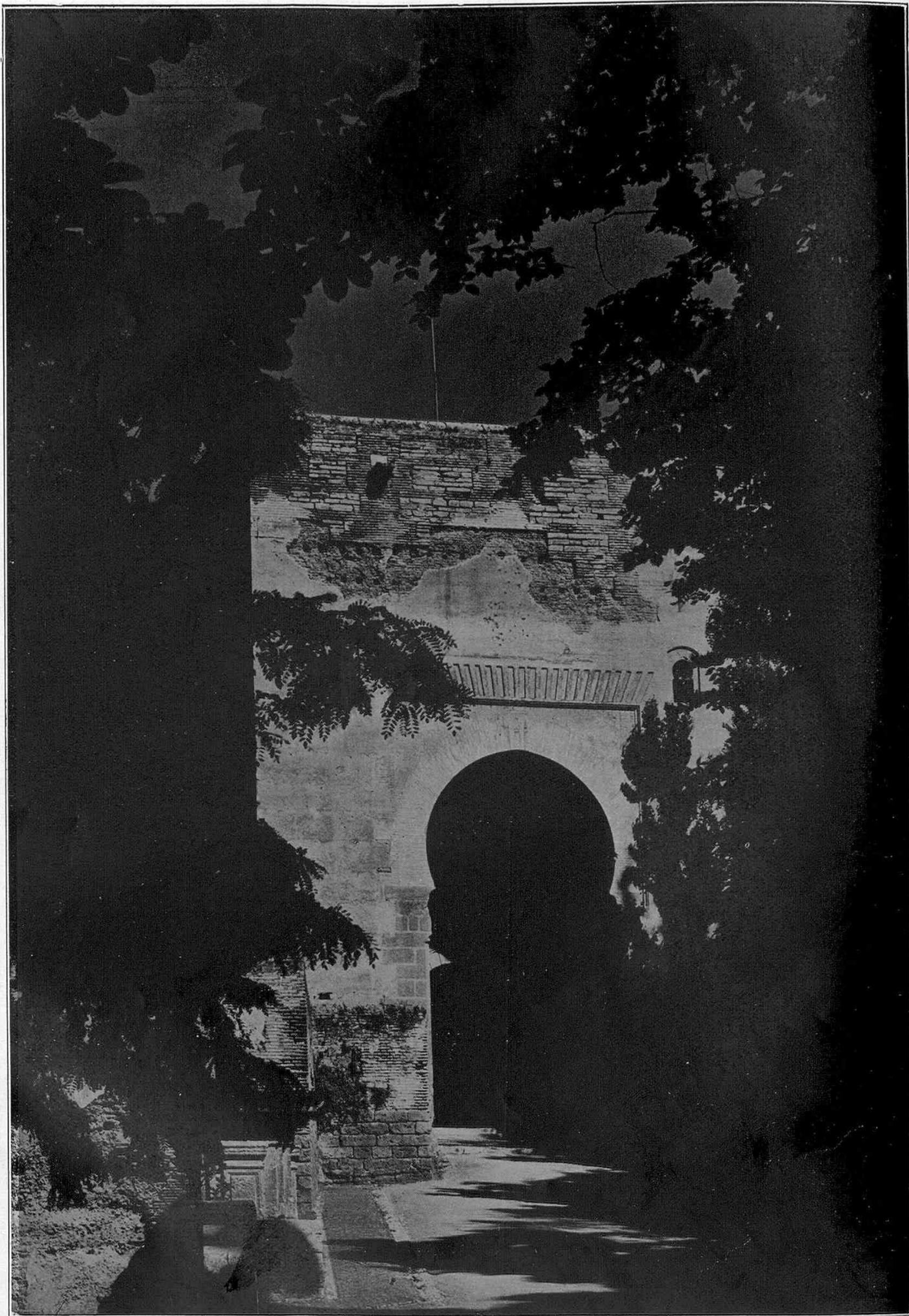
Esta ramplonería arquitectónica vino á Europa de rechazo y fué del gusto de los hombres de negocios, de los mangoneadores de terrenos y solares y de los fabricantes de casas baratas; cundió el amor á la línea recta, y llegó el momento de que los hombres no pudieran dormir tranquilos mientras su calle no estuviera tirada á cordel. Donde las condiciones de las ciudades exigían estos ensanches, la sacrificada fué la estética, y donde los ensanches no estaban justificados, se procuró al mismo tiempo afear las poblaciones y hacerlas inhabitables. En el momento actual existe en Europa una fuerte reacción contra el mal gusto, y todas las ciudades que tienen tradiciones artísticas se esfuerzan por mil medios para sostenerlas y no caer en el montón anónimo. En España estamos aún con la piqueta al hombro, y si los Municipios tuvieran fondos bastantes para pagar las expropiaciones, habría que dormir al raso. Madrid tuvo sus ensanches, y Barcelona el suyo, y Valencia y Bilbao... ¿Quién no? Y lo curioso es la sinceridad con que muchos creen que la cosa es digna de admiración. Yo he ido á Málaga, y un hijo de la ciudad me ha llevado, antes que á ninguna parte, á ver la calle de Larics. Cuando lo que es tan vulgar nos parece tan extraño, ¿qué prueba más clara de que no está en armonía con nuestro modo de ser?

A Granada llegó la epidemia del ensanche, y como no había razón para que nos ensancháramos, porque teníamos nuestros ensanches naturales en el barrio de San Lázaro, Albaicín y Camino de Huétor, y más bien nos sobraba población, concebimos la idea famosa de ensancharnos por el centro y el proyecto diabólico de destruir la ciudad, para que el núcleo ideal de ella tuviera que refugiarse en el Albaicín. Y con el pretexto de que al Darro se le habían «hinchado alguna vez las narices», acordamos poner sobre él una gran vía. Y la pusimos.



Una cabrera del Albaicín

(Fot. Torres Molina)

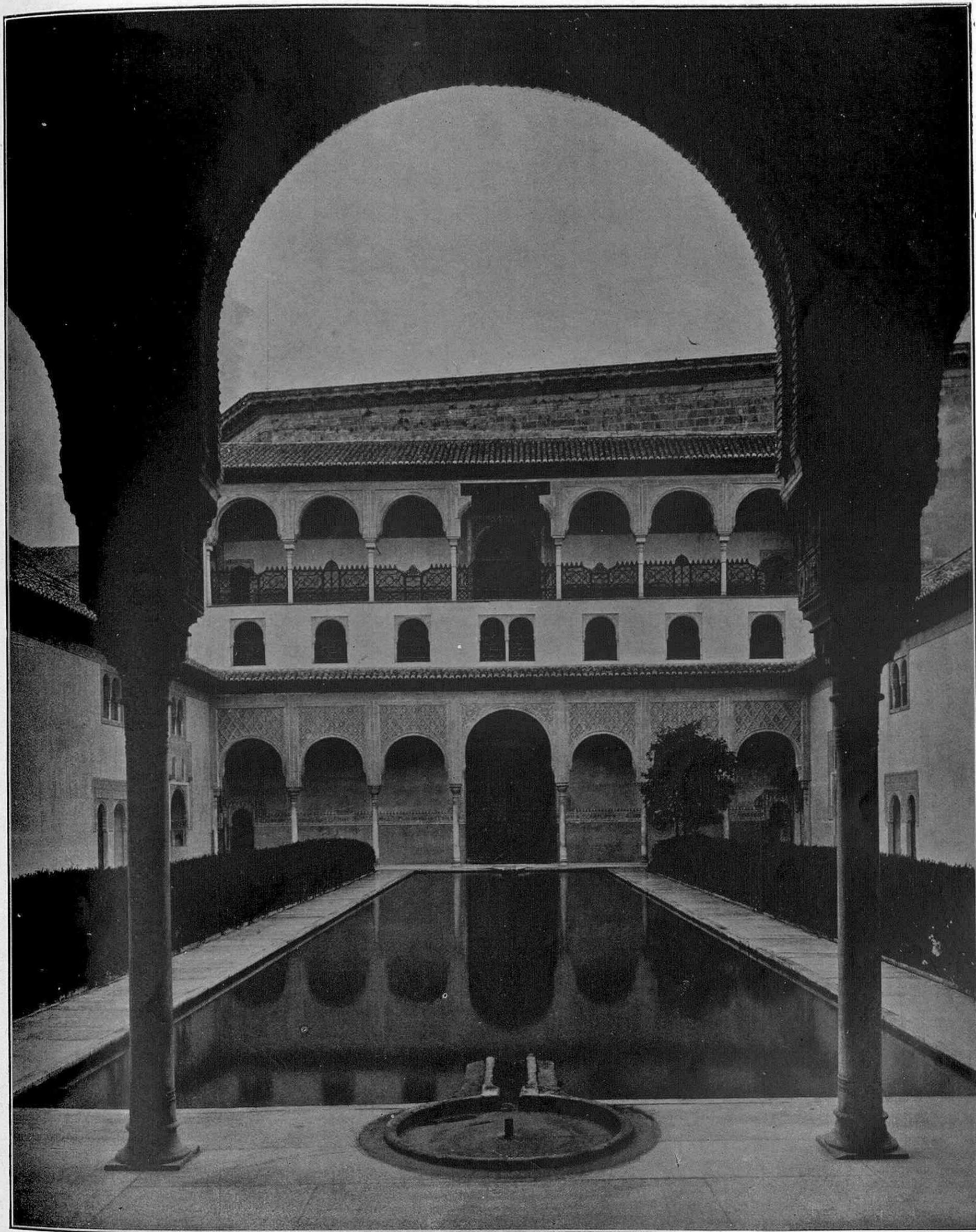


La Puerta Judiciaria, en la Alhambra

Luz y serenidad misteriosas, únicas, las de estos nocturnos granadinos, cuando la luna envuelve en velos azulencos las piedras arcaicas de la Alhambra

(Fot. Lladó)





El Patio de los Arrayanes



El comentario y el elogio mejores de este Patio célebre, como de todo lo que en Granada es emoción y recuerdo, está en la página inmortal en que Albéniz aprisionó el alma nostálgica de la ciudad maravillosa

(Fot. Lladó)



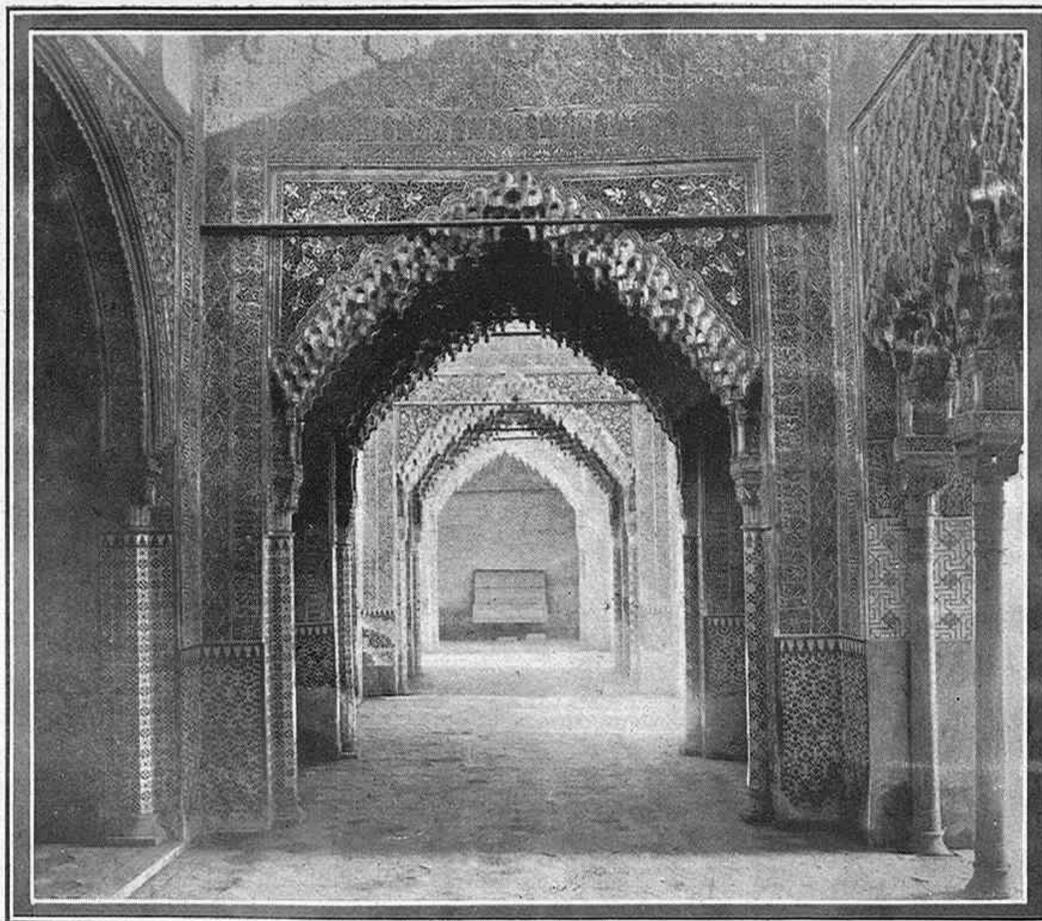
Vista panorámica de la Alhambra y de la ciudad de Granada

(Fot. Torres Molina)

L A A L H A M B R A

ENTRE las maravillas del célebre palacio de los Alhambres descuella, como grueso brillante en rico joyel, la llamada generalmente *Sala de la Justicia*, y también *de los Reyes*, bien porque fuese la estancia veraniega preterida por los monarcas nazaritas, ó ya por las pinturas decorativas de los techos de los tres alhamíes centrales, una de las cuales se supone que son retratos de monarcas moros. Prevalece, sin embargo, la primera designación, basada en que en libros y documentos antiguos es llamada casi siempre *Sala del Tribunal y del Consejo*, debido á que en ella celebraban sus sesiones los altos dignatarios de la corte nazarita.

Obra admirable del arte árabe andaluz, excede en prolijidad ornamental y en exquisiteces de factura á cuanto encierra la Alhambra. Sus adornos son minuciosos y de supremo gusto; las arcadas interiores, de mocárabe, que dividen las cúpulas más elevadas, prestan al conjunto un aspecto fantástico, que se acentúa aun más si se contempla á la luz indecisa del atardecer ó bajo el reflejo de la luz de la luna en los po-



La Sala de la Justicia, también llamada de los Reyes
(Fot. Lladó)

licromos azulejos que revisten los zócalos y columnas.

La *Torre de las Infantas*, á que se refiere otra de las ilustraciones de esta página, constituye un perfecto modelo de pequeña vivienda árabe, y se halla situada en la parte de la Alhambra llamada *Secano*, formando parte de las murallas. Penétrase en ella por un pequeño zaguán, misterioso en su forma, y de él, en un patio cubierto con fuente central. A derecha é izquierda hay dos alcobas algo espaciosas, y al frente una más grande. La planta alta es muy parecida en la forma, aunque de decorado menos lujoso. El ornato interior del patio cubierto es de insuperable belleza, debiéndose su restauración al entendido artista señor Contreras.

También constituye parte de la muralla la *Torre de la Cautiva*, primorosamente decorada. En su distribución es menos completa que la mencionada anteriormente; en cambio, la delicadeza de los adornos en su sala principal llega á límites insospechados. Esta torre, digna de ser habitada por hadas, sufrió grandes daños durante la invasión francesa; después y

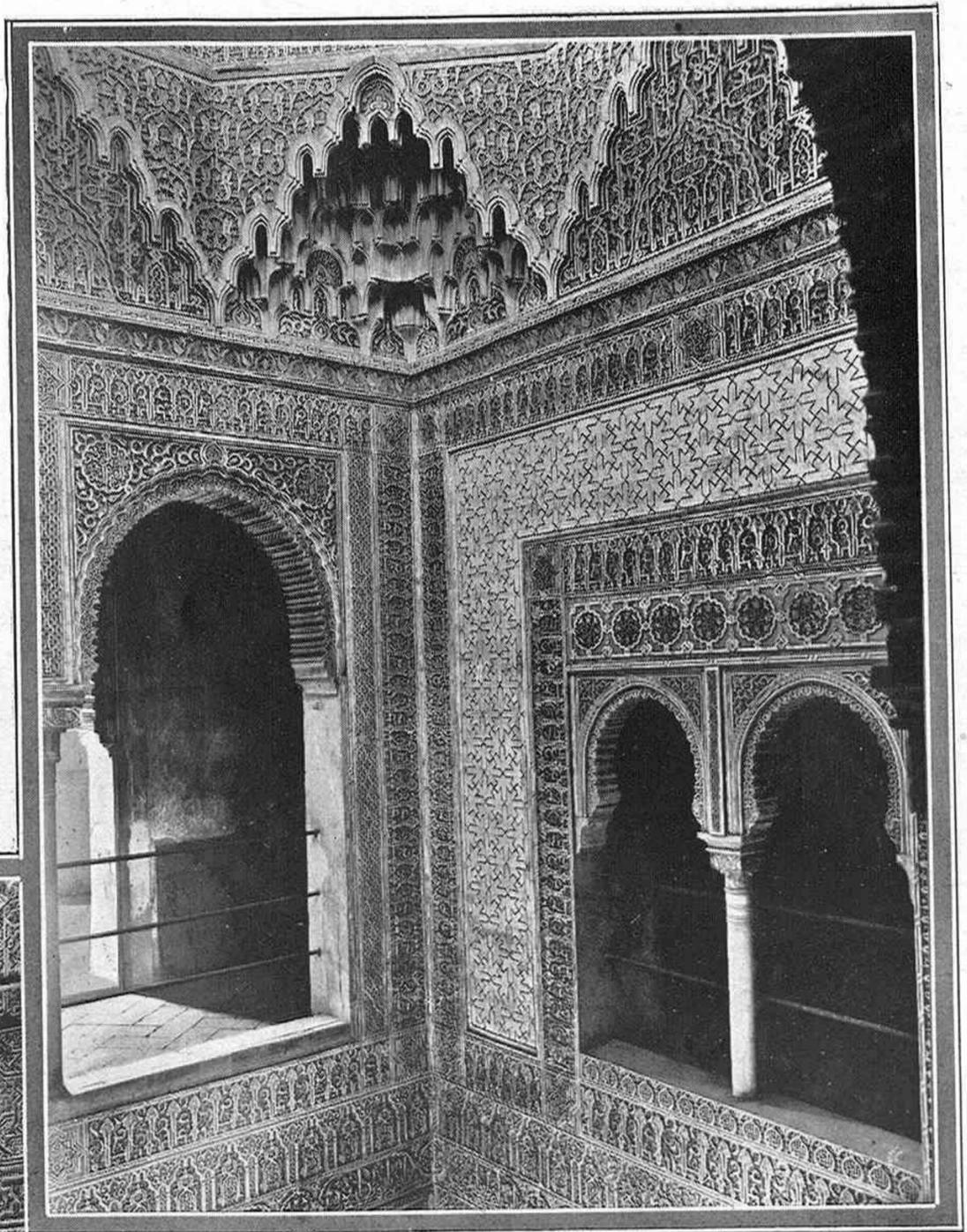
antes hubo de ser vivienda de familias pobres que establecieron la cocina en los primorosos cenadores del patio y convirtieron en dormitorios las magníficas alcobas. Las restauraciones de 1873, 1876 y otras posteriores han devuelto á esta torre su primitivo y brillante aspecto. Supónese que el nombre con que se la distingue desde la época de la Reconquista, y que probablemente se tomó de los moros, deriva de haber servido en tiempos de alguno de los últimos reyes nazaritas de apartada residencia á una beldad cristiana cautiva y amada apasionadamente por el monarca, quien, á juzgar por una de las inscripciones, debió ser uno de los Yusuf.

•••••

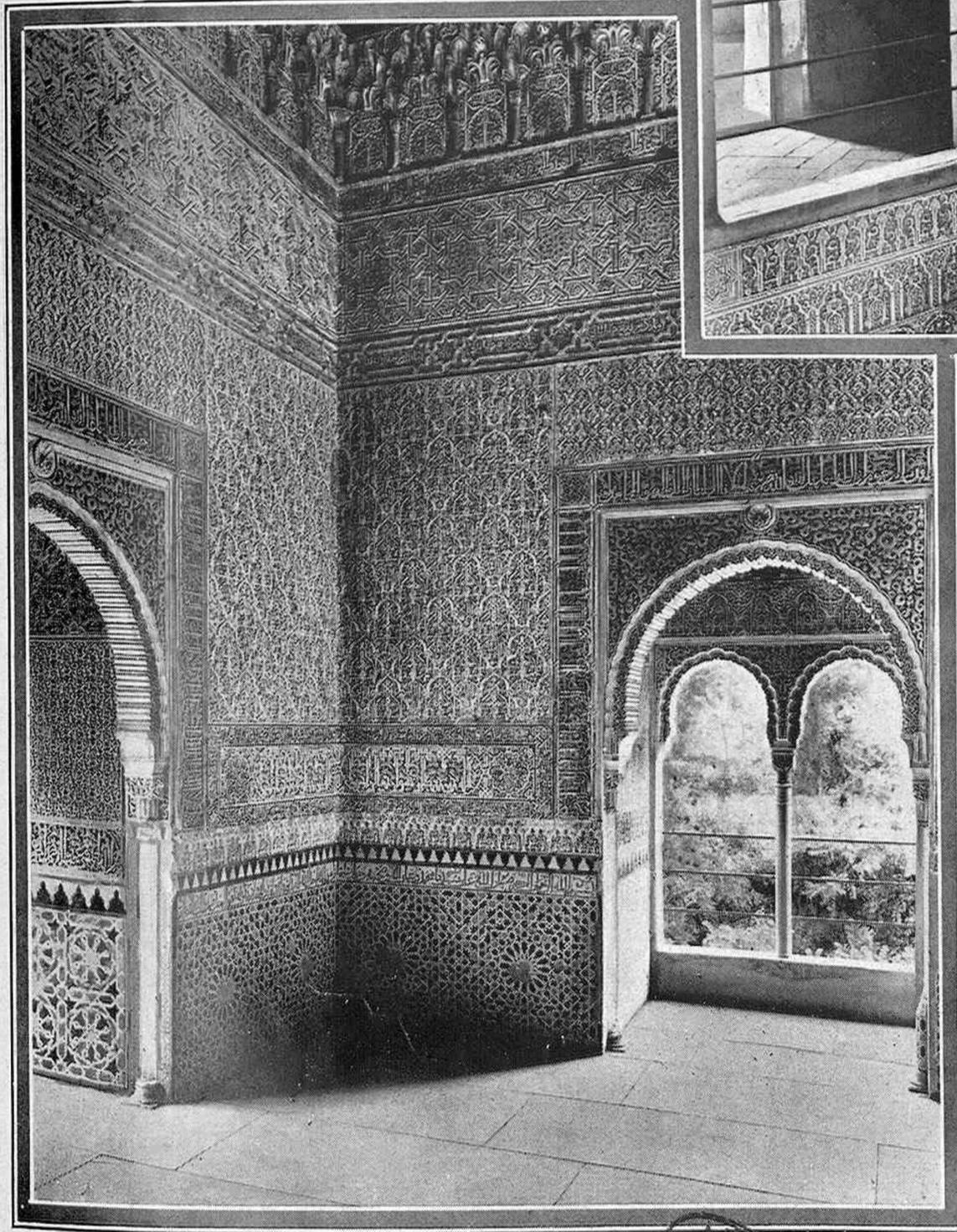
Washington Irving, el gran escritor y diplomático norteamericano, estuvo en Granada en 1829. De aquella estancia suya en la ciudad nazarita nacieron después los admirables *Cuentos de la Alhambra*. Hará pronto, por tanto, de aquella visita del escritor norteamericano á Granada un siglo. Recientemente, Pedro de Répide ha seguido la ruta de Washington Irving—ruta de ensueño y de recuerdo—en una serie de bellísimos artículos, que recogerá en un libro con el título de *El peregrino ilusionado*.

Creemos interesante reproducir una página de Irving, en la que el escritor habla, al comenzar la descripción de cuanto ha visto y cuanto le han contado, de la historia de la Alhambra desde que fué abandonada por los árabes hasta el siglo XVII:

«La Alhambra es una antigua fortaleza ó palacio amurallado de los reyes moros de Granada, desde donde ejercían dominio sobre este ensalzado paraíso terrenal, última posesión de su imperio en España. El palacio árabe no ocupa



Torre de las Infantas



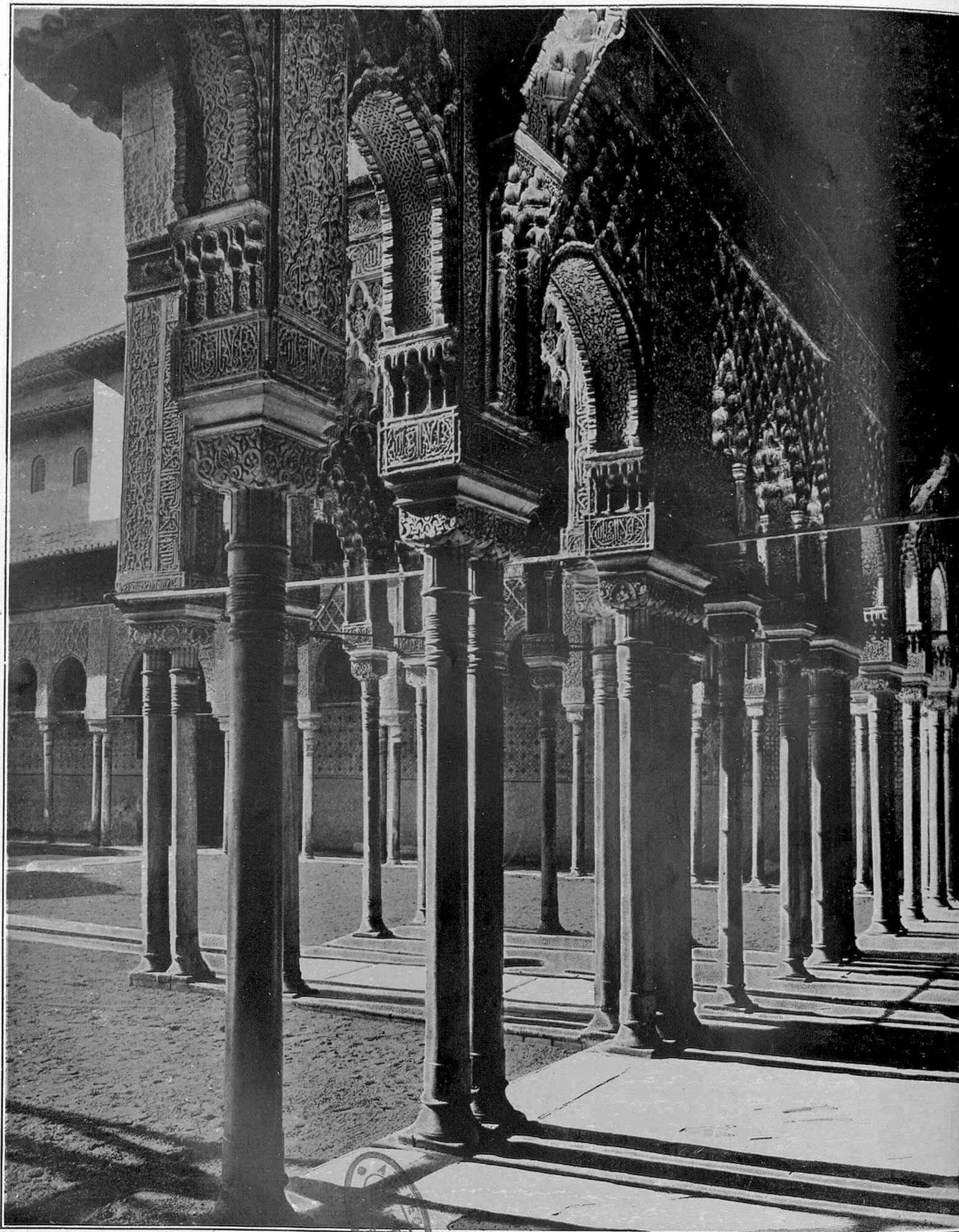
Torre de la Cautiva
(Fots. Liadó)



sino una parte de la fortaleza, cuyas murallas, guarnecidas de torres, circundan irregularmente toda la cresta de una elevada colina que domina la ciudad y forma una estribación de la Sierra Nevada.

En tiempo de los moros era capaz la Alhambra de contener un ejército de 40.000 hombres dentro de su recinto, y sirvió alguna que otra vez para librarse los soberanos del furor de sus rebeldes súbditos. Después que el reino pasó á manos de los cristianos, continuó la Alhambra siendo del Patrimonio real, y también algunas veces ha sido habitada por los monarcas castellanos. El emperador Carlos V edificó un suntuoso palacio dentro de sus murallas; pero se suspendió la obra por los continuos terremotos. El último rey que la vivió fué Felipe V y su hermosa esposa Isabel de Parma, á principios del siglo XVII. Hicieron grandes preparativos para su recepción: el palacio y los jardines sufrieron notable reforma y se agregaron algunas habitaciones, que fueron decoradas por artistas traídos de Italia. La permanencia de estos soberanos fué efímera, y después de su partida el palacio volvió de nuevo á su abandono.

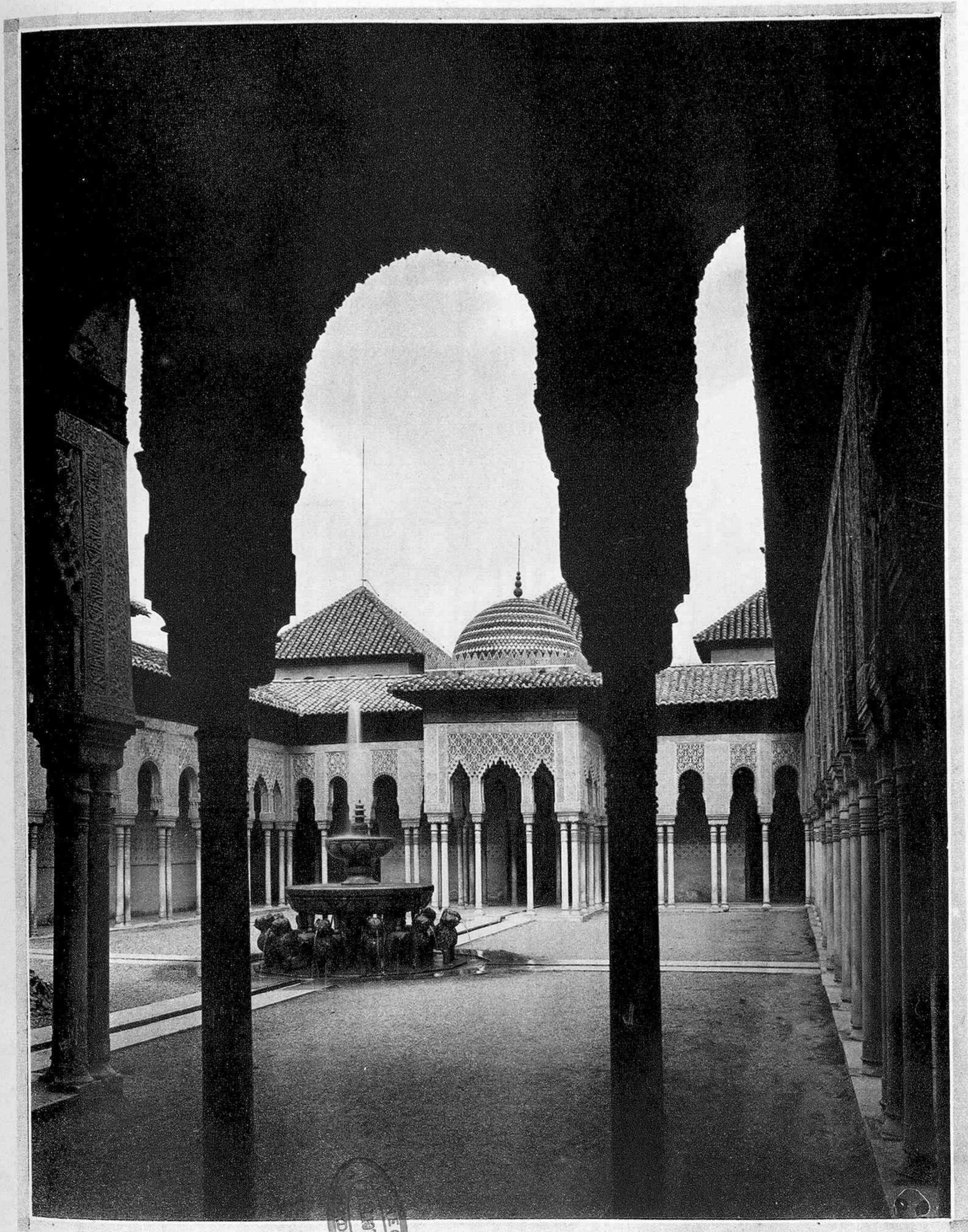
El recinto fué en adelante ocupado por fuerza militar; el gobernador de la Alhambra quedó bajo la dependencia de la Corona, y su jurisdicción se extendía hasta los arrabales de la ciudad. Su autoridad era del todo independiente de la del capitán general de Granada. Se alojaba en el interior de la Alhambra una respetable guarnición; el gobernador tenía sus habitaciones frente al viejo palacio morisco, y nunca bajaba á Granada sin una escolta militar. La fortaleza, en resumen, era una pequeña ciudadela independiente, con algunas calles y casas dentro de sus muros, y, además, con un convento de franciscanos y una iglesia parroquial».



El más hermoso Patio de la Alhambra

¿Cuántas miradas, absortas de admiración, húmedas de nostalgia, se habrán posado en el prodigio de oro, de color y de gracia, que es este hermosísimo Patio de los Leones? Pasa el tiempo sobre las piedras y los azulejos venerables, y cada vez es, sin embargo, más luminosa la belleza del Patio célebre... (Fot. Lladó)

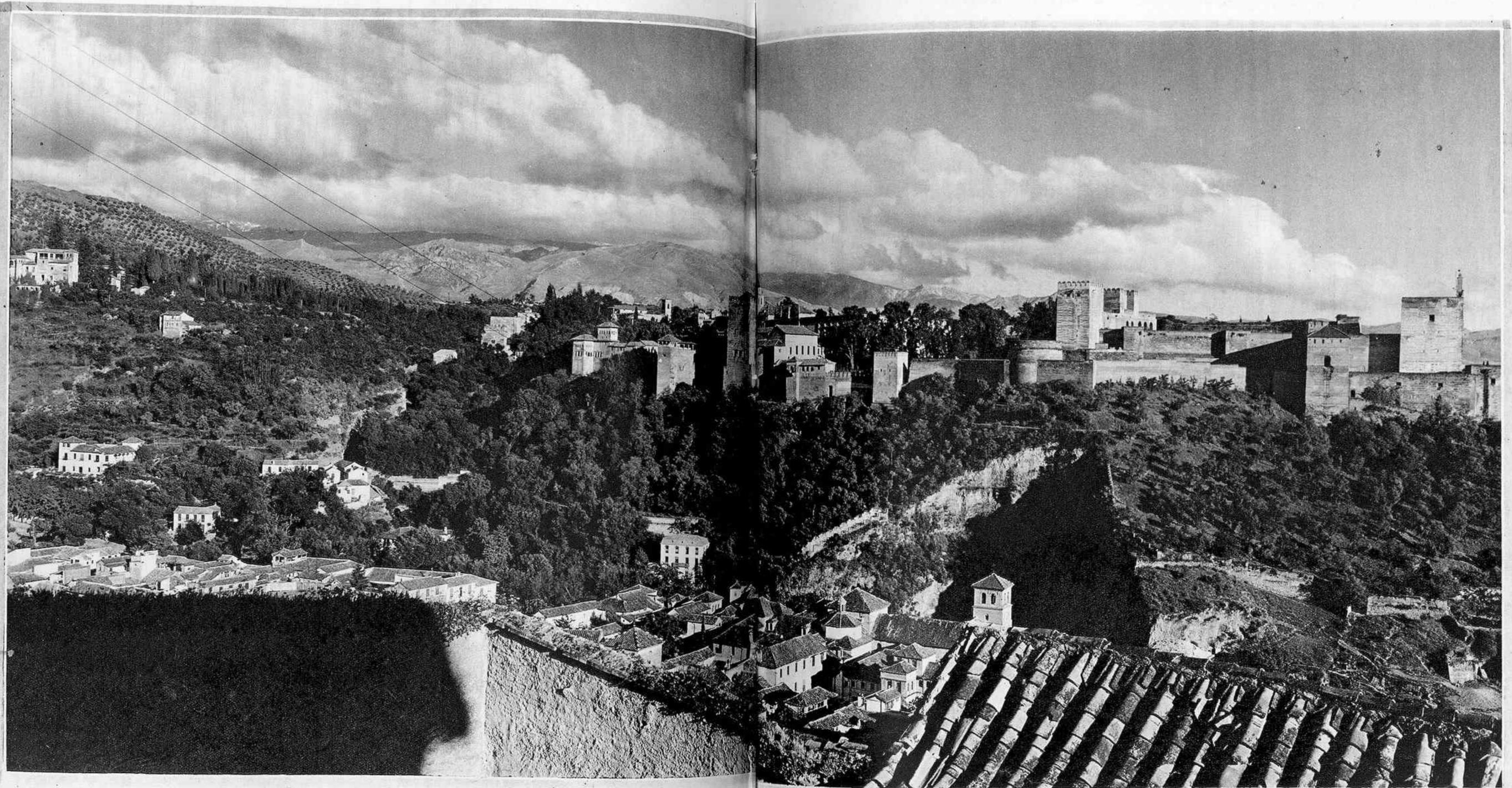




NOCTURNO EN EL PATIO DE LOS LEONES



Escenario de leyenda zorrillesca parece este bellissimo Patio de los Leones, en una noche granadina de nubes y de luna, cuando se hace más palpitante, *casi humano*, ese latido que en Granada tienen, melancólicamente, las piedras viejas... (Fot. Lladó)



Una vista general de la Alhambra. A la izquierda, Generalife. A la derecha, la Torre de la Vela



(Fot. Llado)

ELEGÍA

¡Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada!

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.

Ya tus tejedores no entonan cantares,
mientras sus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas...
Mudas se quedaron tus alfarerías...
¡Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdoros de tus alamedas!

El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada.
De tu poderío ya no resta nada...

¡Tu gloria, Granada,
pasó como pasa, bajo el puente, el río!

Hoy entre tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;
ni al marcial estruendo de atambor sonoro
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,
vestidos de plata y armados de oro!

¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto, ni la algarabía
de hombres que discuten en lenguas extrañas;

ni sueñan princesas tras los alhambes,
ni en Bib-Rhambra quiebran, justando, sus cañas,
gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

¡Ya por Puerta Elvira,
la plebe de activos obreros, no mira
pasar los botines guerreros... Altivos
caudillos, de polvo, de sangre bañados,
que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados;
ni ve los camellos de las caravanas
que vienen cargados

con oro y perfumes de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que ensombra el camino
contempla un relámpago de armas que se aleja;
ni de las antorchas á la luz bermeja

levantan palacios dignos de Aladino!...

¡Ya el Darro no copia sobre sus cristales
ojos negros entre nubes de almaizales,
ni á beber sus aguas inclinan los cuellos,
mojando las crines, ágiles corceles,
mientras de la luna los blancos destellos
riman con la albura de los alquiceles!

¡Ya el Genil no riega
las huertas floridas
que quebran la vega,
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada!...
Su corriente gime como avergonzada,
una pena eterna suspira en su canto
cuál si en vez de aguas arrastrase llanto.

La Alhambra está sola. Entre las floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta.
Bajo los encajes de los ajimeces
la voz de la guzla no solloza amores,
mientras entre aromas y entre ruiseñores
da la luna al mármol áureas palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas con los pies desnudos
todas las lascivas danzas del Oriente
entre los perfumes de los pebeteros;
ni por sus mosaicos resbalar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros...
¡Granada! ¡Granada!... ¡Tu Alhambra está en ruinas!
Llorando hasta el África van las golondrinas
á dar á tús hijos el triste mensaje,

¡Y tus nobles hijos lloran de coraje,
ensillan los potros, empuñan la espada
y aullando de rabia se van hacia el mar,
y al ver los perfiles de Sierra Nevada,
se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!
Y las olas lloran al verlos llorar...

¡Granada! ¡Granada!
De tu poderío
ya no resta nada.

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.

FRANCISCO VILLAESPESA

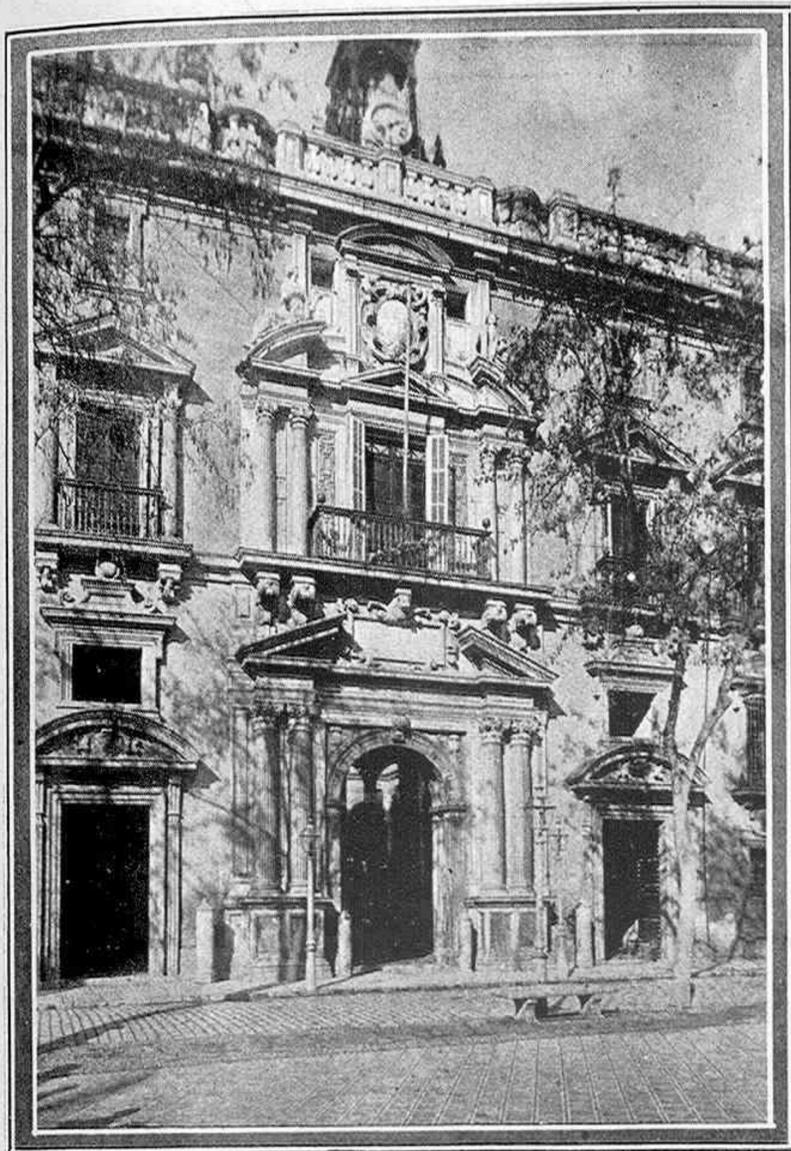


ATENEUM DE
BIBLIOTECA
MADRID

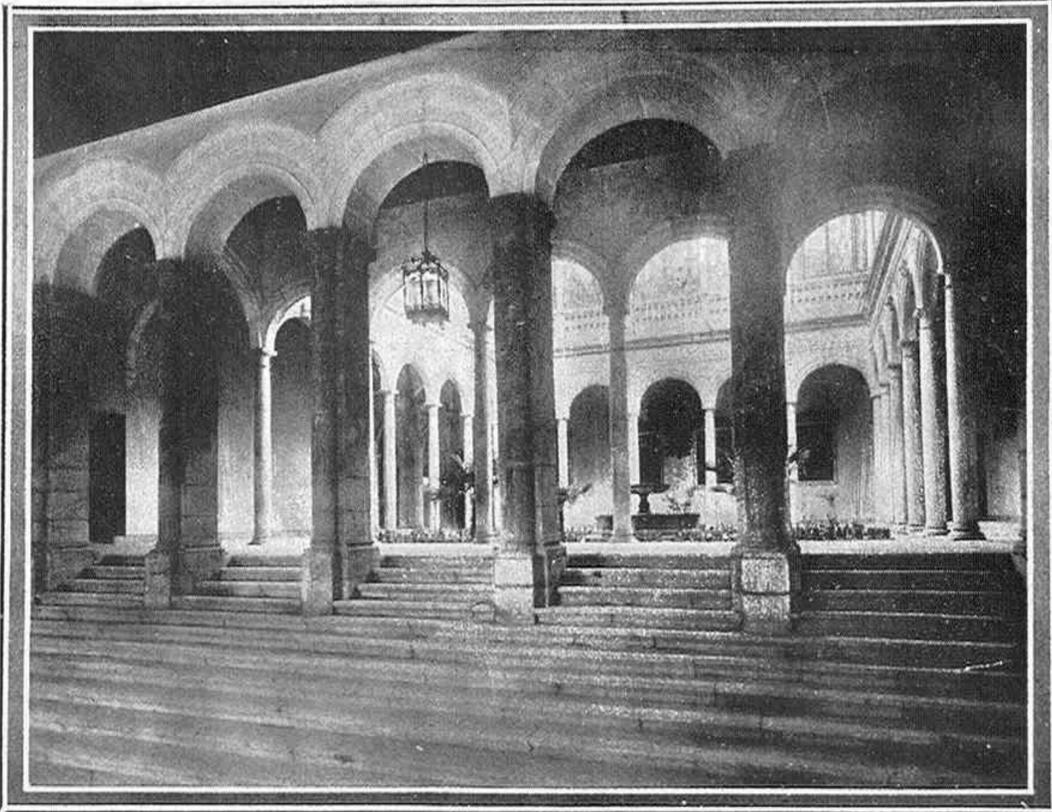
EL PEINADOR DE LA REINA EN LA ALHAMBRA

Uno de los más bellos sitios de la Alhambra granadina es este, tradicionalmente llamado *El peinador de la Reina*, nombre evocador de los días en que la Emperatriz Isabel vivió en el Palacio, con su esposo el Emperador Carlos V. (Fot. Lladó)

La antigua Chancillería de Granada, actual Palacio de Justicia



Fachada del Palacio de Justicia
(Fots. Torres Molina)



Escalera de entrada y gran Patio del Palacio de Justicia

CON las obras realizadas en el Palacio de Justicia de Granada, la Audiencia Territorial ocupa hoy uno de los más hermosos edificios de España. El tiempo y el abandono lo maltrataron en términos que sin el auxilio del Gobierno de Su Majestad este Tribunal hubiera quedado reducido á un montón de escombros.

Hoy, la administración de Justicia se encuentra honrada y enaltecida ejerciendo sus augustas funciones en hermoso Palacio, y Granada contenta de ver restaurada su antigua Chancillería, joya que no puede ser adquirida con dinero ni improvisada con el gasto de hoy, por cuantioso que sea; y que sólo pueden poseer los pueblos que tienen la suerte de conservar solera de los magnos tiempos de Don Felipe II.

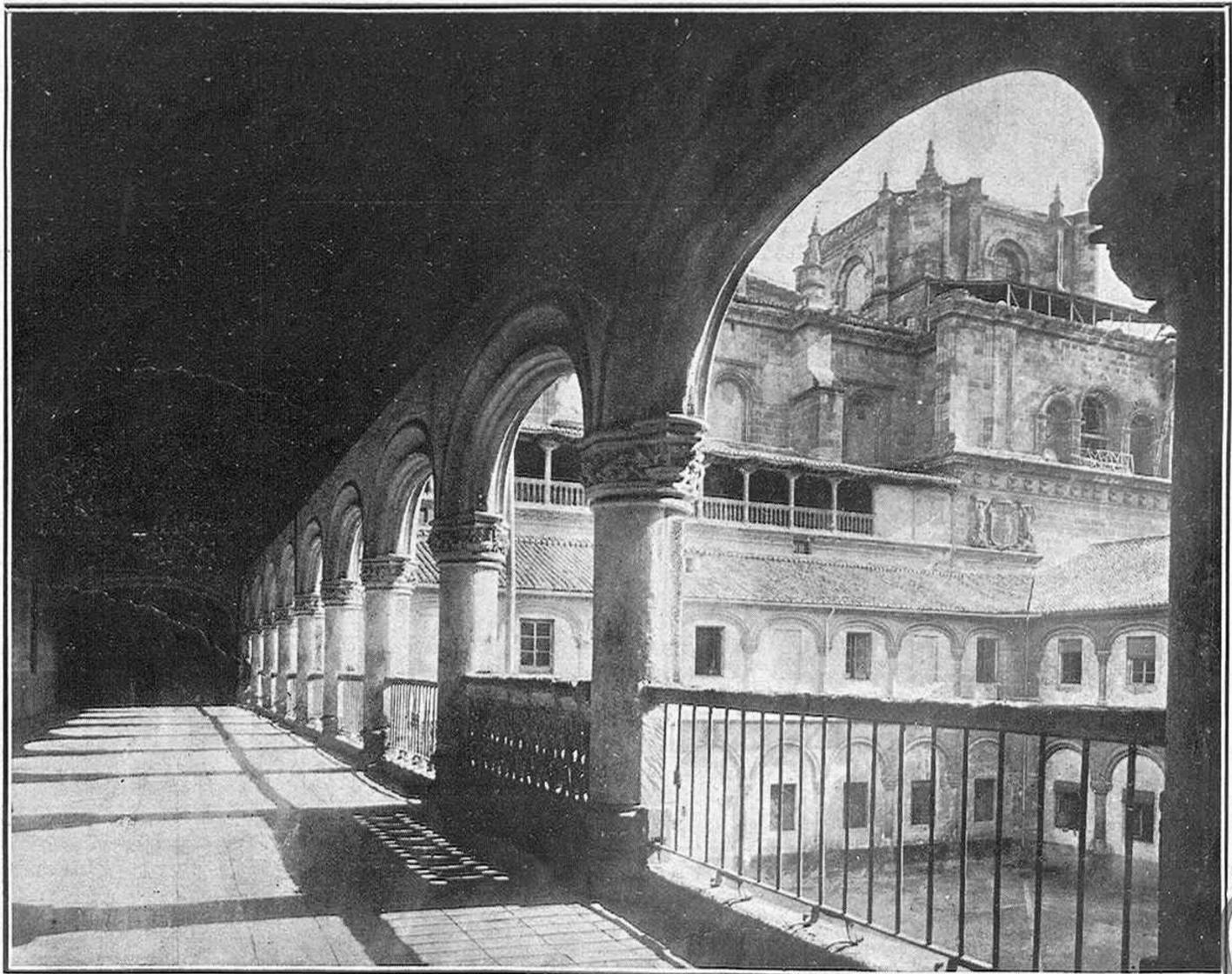
José OPPELT
Presidente de la Audiencia Territorial

EL MONASTERIO DE S. JERÓNIMO

RECIENTEMENTE — nuestros lectores lo recordarán — se incendió en Granada el Monasterio de San Jerónimo, que era entonces cuartel de Caballería. Tenía su entrada por la fachada que forma ángulo con la admirable iglesia del mismo nombre.

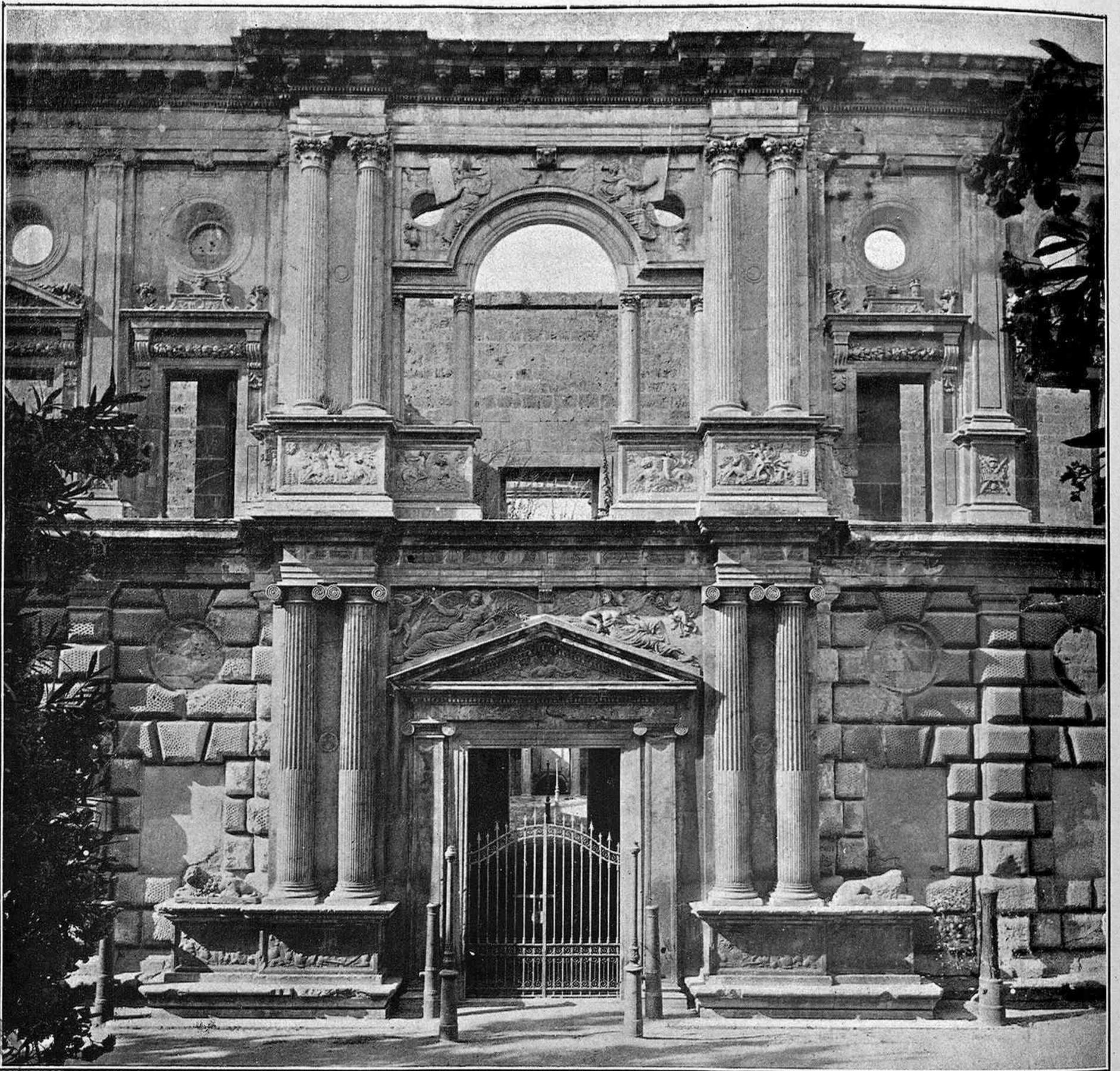
Su patio principal es de estilo gótico. Hay una gran elegancia en las arcadas y los antepechos de este patio. Los adornos se enlazan con los escudos y los emblemas de los fundadores (los Reyes Católicos, Doña Juana y el Emperador Carlos) y de la Orden de San Jerónimo. Las diez portadas del claustro son bellísimas; en uno de los departamentos á que dan paso debió estar encerrado bajo llave el sepulcro del Gran Capitán. Hay otro patio de un gran interés en el Monasterio. En su construcción y en su adorno se encuentran mezclados los estilos renacentista, gótico y mudéjar, en un gracioso conjunto. Este departamento fué habitado por la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, en 1526, cuando fué á Granada con su augusto esposo.

El gran político é historiador veneciano Andrés Navagiero, que visitó Granada en 1526, dijo, hablando de este Monasterio, que «tiene jardines y fuentes y dos claustros hermosísimos, tales como no los he visto en ninguna parte, pero el uno es más grande y magnífico que el otro y su centro está lleno de naranjos y de otras plantas...»



Una galería del Monasterio, con vistas á uno de los patios del interesantísimo edificio, recientemente incendiado (Fot. Torres Molina)





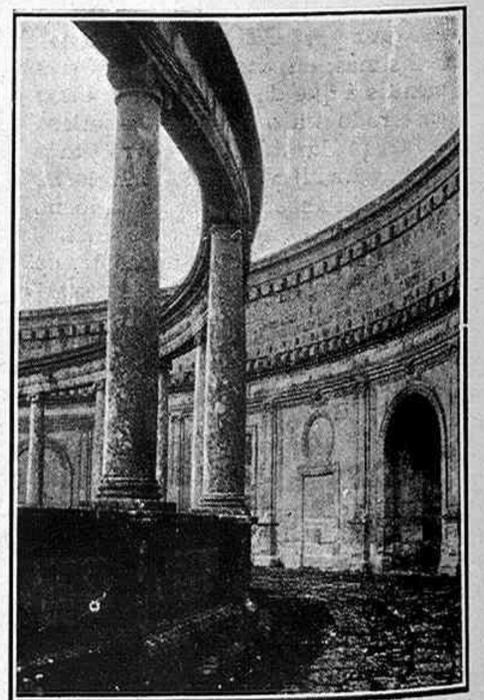
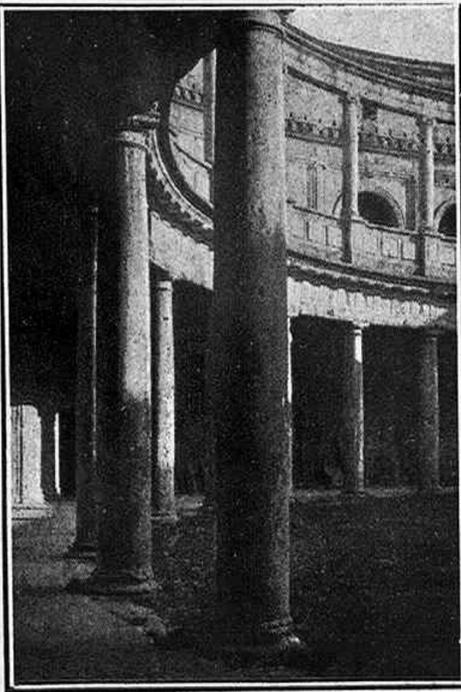
ATENEUM
BIBLIOTECA
MADRID

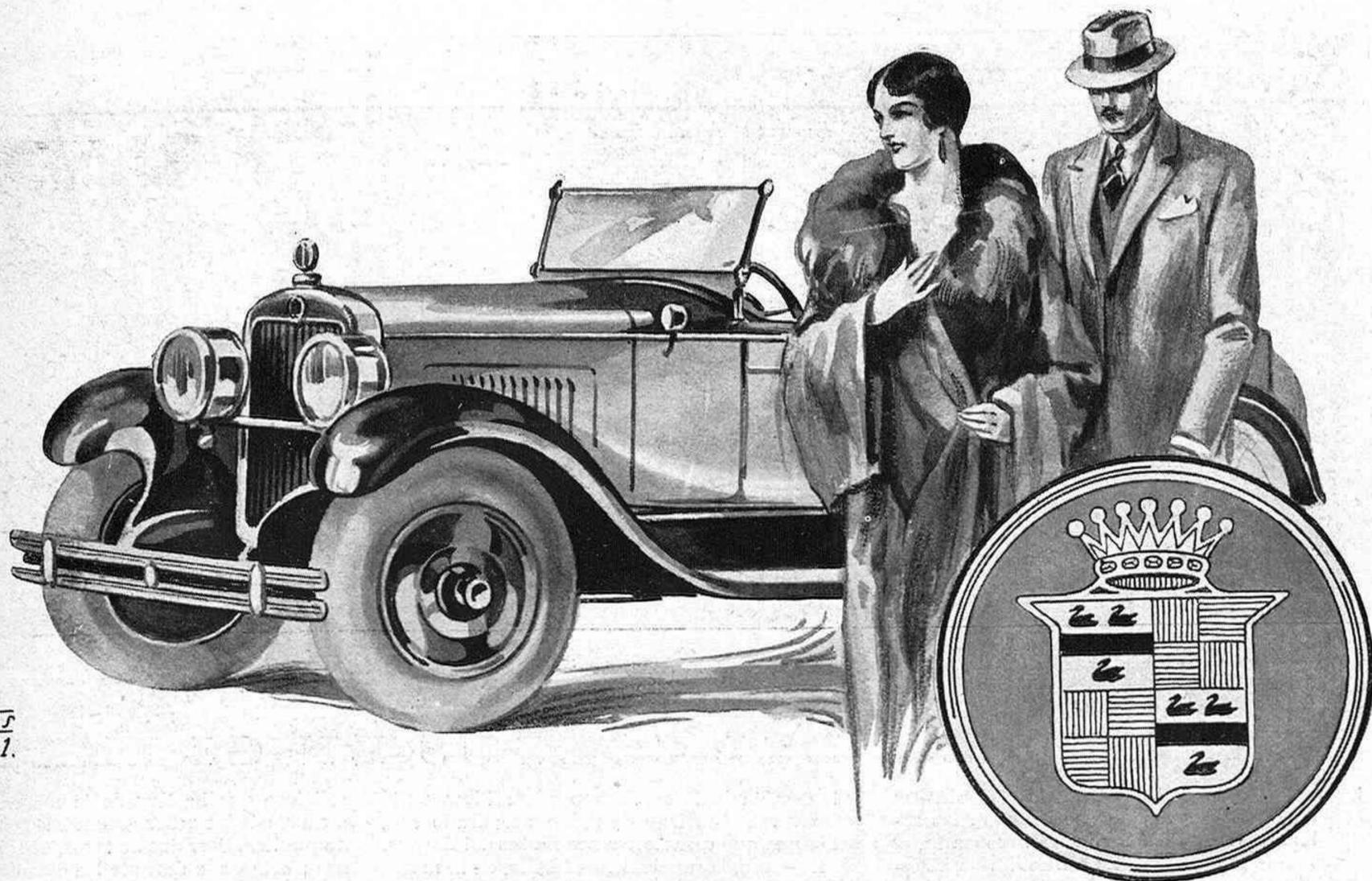
EL PALACIO DE CARLOS V

No se sabe la fecha exacta en que comenzó á construirse este Palacio, en el que tal vez quiso Carlos V fijar su residencia definitiva. Según datos que hay en el archivo de la Alhambra, en 1538 se estaba haciendo la bóveda ó cripta que hay debajo de la capilla. Machuca, el arquitecto director de las obras, llevaba éstas con gran rapidez. Pero murió en 1550, y aunque le substituyó su hijo Luis, las obras se interrumpieron por la insurrección de los moriscos, no reanudándose hasta 1581. En esta fecha, los planos fueron reformados por Juan de Herrera, y se envió á Granada para dirigir las obras á Juan de Orea, muerto en 1583. Los trabajos estaban desde la muerte de Machuca en decadencia, y así continuaron, sin ser acabados, bajo la dirección de Francisco de Potes y Fernández Lechuga, de quienes son los detalles absurdos que hay en el Palacio y que alteran la disposición de Machuca y aun la posterior de Juan de Herrera. La última obra ejecutada en el Palacio fué la colocación de unos colgadizos en los corredores del gran patio en 1644, que se cayeron en parte y que más tarde fueron derribados.

Indudablemente, el Emperador no quiso convertir en vivienda el palacio de los reyes árabes, pero deseó tenerlo cerca para admirarlo. El Palacio de Carlos V se alza en un cuadrado de 63 metros de longitud; tiene cuatro frentes, dos—los de Levante y Norte—incompletos en su decoración y todos de 17 metros de altura.

(Fot. Torres Molina)





HEL OS
CA. 11.

PRODUCTO DE LA "GENERAL MOTORS"

CADILLAC

LA variedad de comodidades y refinamientos que puede ofrecer un automóvil, se compendia en el CADILLAC, maravilloso resumen de seguridad, lujo, belleza... El CADILLAC se ha hecho para quien no sabe ni quiere prescindir del verdadero confort cuando va en automóvil; es un coche soberbio, que se desliza por los peores caminos o las más populosas urbes, haciendo olvidar, con la suavidad de su marcha, que se va en coche. A poco de usar el CADILLAC, se comprende el buen negocio realizado al adquirirlo

NUEVOS PRECIOS REDUCIDOS

(Sujetos a variación sin previo aviso)

BROUGHAM STANDARD.....	29.000 pesetas
PHAETON CUSTOM (4 plazas)	31.300 »
TOURING CUSTOM (7 plazas).	33.000 »

Todos los coches equipados con seis ruedas de disco y seis neumáticos

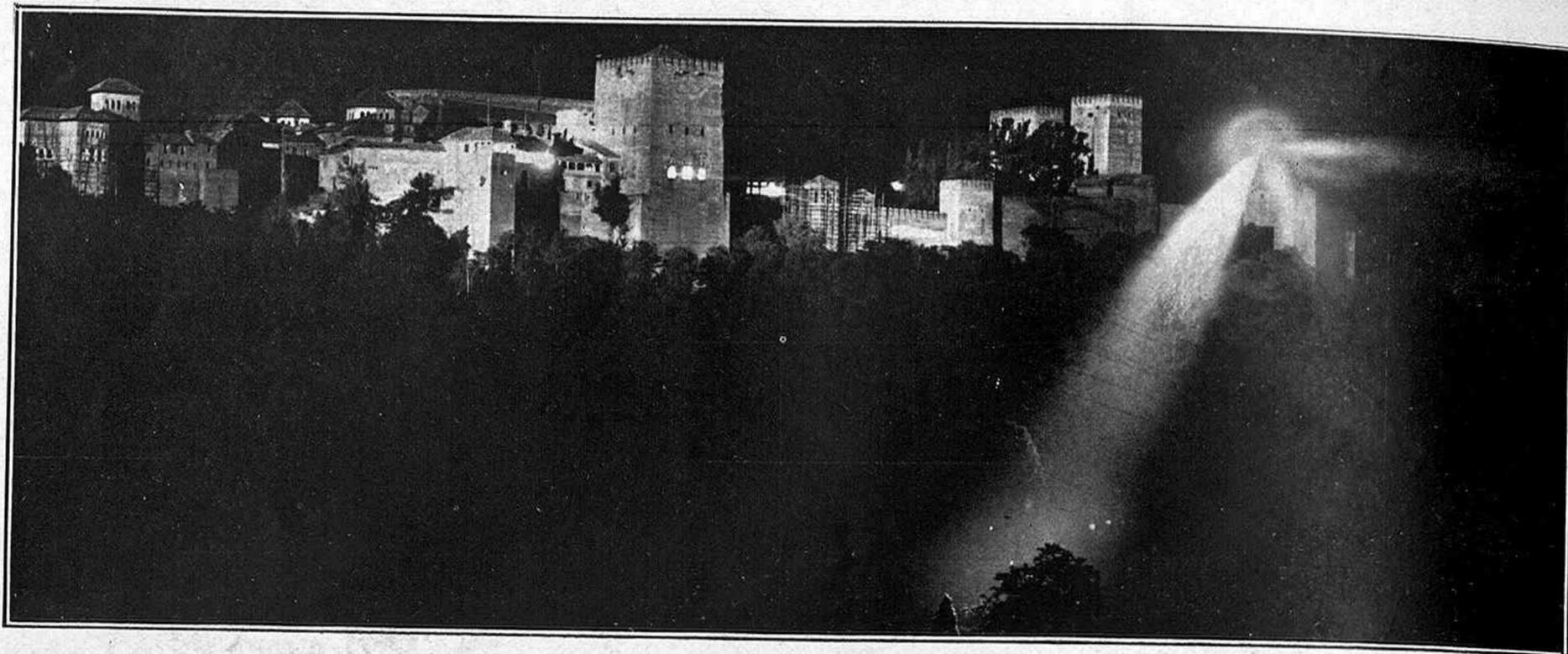
Precios en nuestros depósitos de
BARCELONA. MÁLAGA O BILBAO

CONCESIONARIOS EN TODAS PARTES

GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A.

Nueva fábrica:

Calle de Granada, 33
MADRID



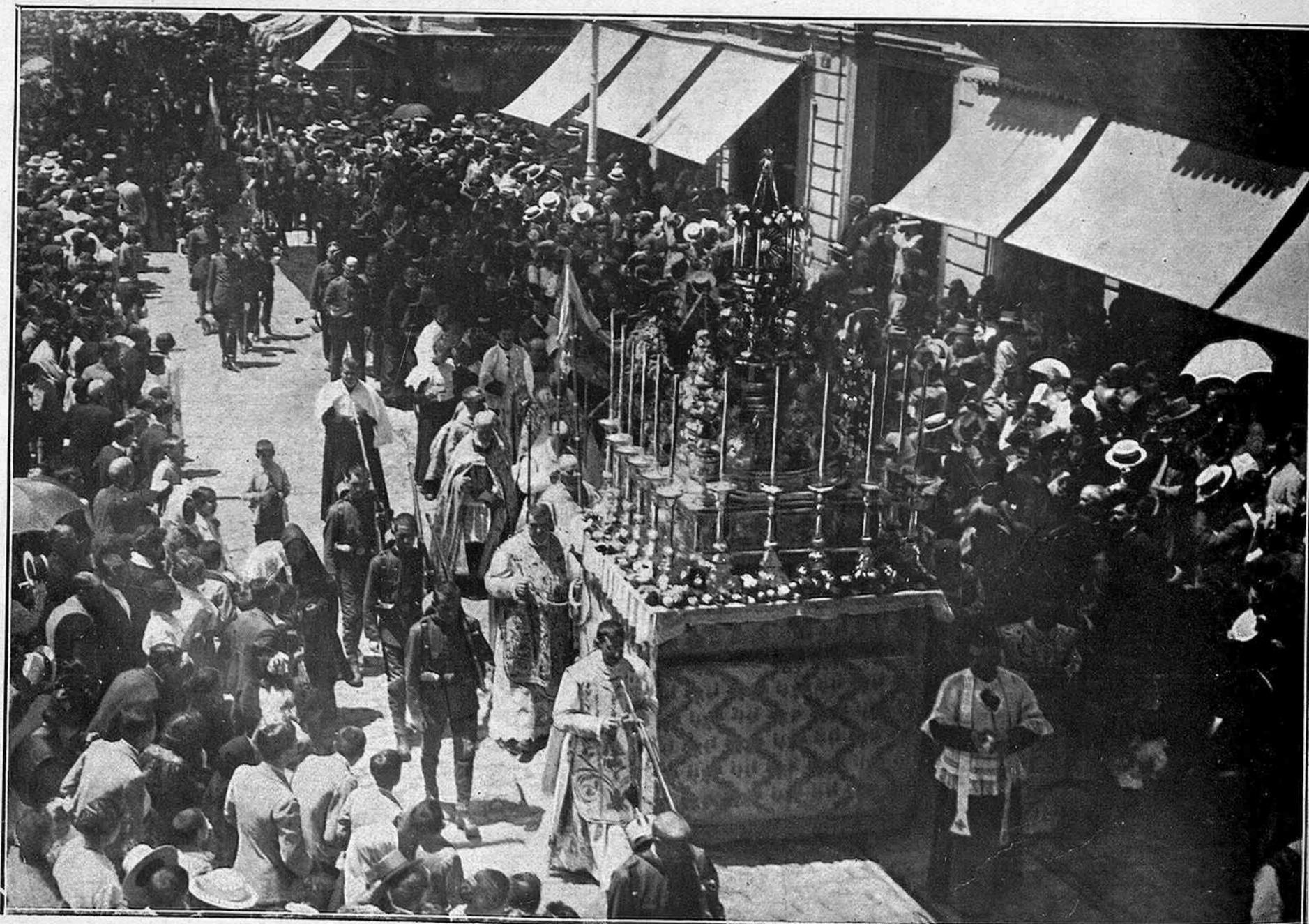
Fantástica iluminación de la Alhambra durante las fiestas del Corpus

LAS FIESTAS DEL CORPUS EN GRANADA

Es ya tradicional en Granada el esplendor con que todos los años se celebran las solemnes fiestas del Corpus. El escenario, el marco, el fondo de esas admirables fiestas, es espléndido. Granada, ciudad de arte y de naturaleza á un tiempo, ciudad que une á sus galas de tradición y de historia las bellezas de su paisaje

y la excelencia de su tiempo maravillosamente primaveral, mantiene de modo acendrado esta brillantez que caracteriza sus fiestas del Corpus. Este año, la procesión ha tenido, en la magia del ambiente granadino, su máximo deslumbramiento de oros y de luces. Granada entera ha puesto su gran fervor de siempre en el cortejo

religioso que ha llevado la magnífica Custodia á través de las calles granadinas, congestionadas de público. Corridas de toros, conciertos, cuanto se ha celebrado durante los días del Corpus, ha reflejado, una vez más, el espíritu de arte y de belleza que hay en la incomparable ciudad andaluza.



La procesión del Corpus á su paso por la calle de los Reyes Católicos

(Fots. Torres Molina)

EL VELLO SUPERFLUO DESAPARECE EN DOS MINUTOS...

El producto soñado por todas las mujeres para librarse del vello superfluo de brazos y piernas, es indudablemente el Agua DIXOR. Su efecto mágico hace que en dos minutos este maravilloso líquido depile por completo y sin olor alguno, dejando la piel tersa, lozana y limpia como un mármol

Haga la prueba. Es verdaderamente sorprendente su eficacia.

He aquí algunas opiniones acerca de las bondades del Agua DIXOR, de las primeras estrellas parisinas.



Fot. Gilbert

—De todos los depilatorios, el Agua Dixor es el que prefiero y del que estoy encantada.

JOSEPHINE BAKER
Des Folies Bergères



Fot. Manuel Fr.

—El Agua Dixor es sencillamente maravillosa. Es sin duda el depilatorio soñado para brazos y piernas. En dos minutos desaparece el vello como por encanto.

HUGUETTE DUFLOS
De la Comedia Francesa



Fot. Manuel Fr.

—El Agua Dixor facilita la manera de depilarse de una vez, rápida y agradablemente. Yo no podría pasar sin usarla.

REGINA BADET
De la Opera Cómica



Fot. Manuel Fr.

—Dixor ha contribuido al éxito de la moda de la falda corta y brazos desnudos, facilitándonos el suprimir, con su milagrosa Agua, el vello que tanto afea a toda mujer!

JANE MARNAC
Del Casino de París



Fot. Manuel Fr.

—Los brazos y piernas desnudos en la playa, exigen el empleo de la maravillosa Agua Dixor. Desempeña la piel dejándola divinamente suave. Yo la recomiendo a todas mis amigas.

NAPIERKOWSKA
De la Opera



Fot. Manuel Fr.

—En fin, es un depilatorio eficaz y agradable de emplear. El Agua Dixor es una verdadera maravilla.

PARYSIS
De la Scala

EL AGUA DIXOR

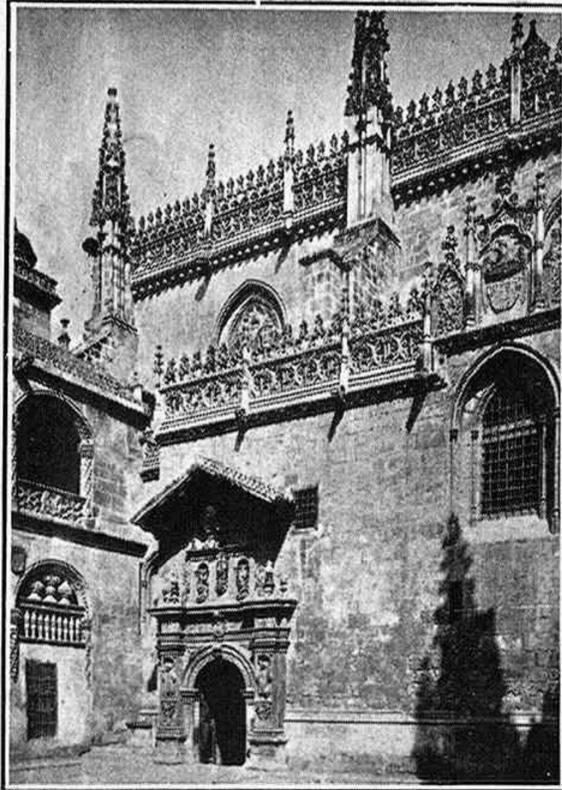
ES EL MÁS ECONÓMICO DE TODOS LOS DEPILATORIOS

De no encontrarlo en su localidad, pídalo al Conc. Fbte., A. PUIG. - Valencia, 293

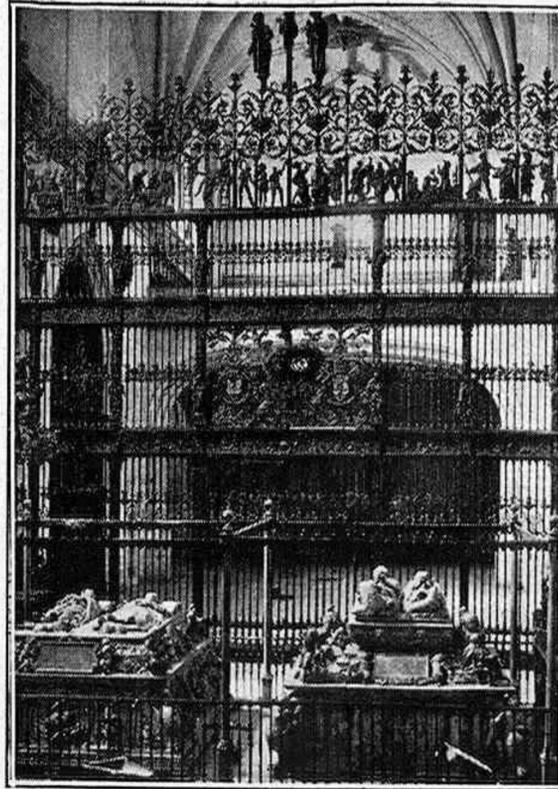
BARCELONA

La Real Capilla de Granada

EL Rey Don Fernando el Católico dispuso la fundación de este templo en 1505. Dirigió la obra el maestro Enrique Egas. Hasta el año de 1525, los cuerpos de los Reyes Católicos permanecieron en la bóveda de la iglesia del convento de San Francisco de la Alhambra. Los restos se trasladaron con gran suntuosidad al nuevo templo, colocándose en la cripta, junto a los cadáveres de Juana la Loca y Felipe el Hermoso. El túmulo de los Reyes fue labrado en mármol de Carrara por Domenico



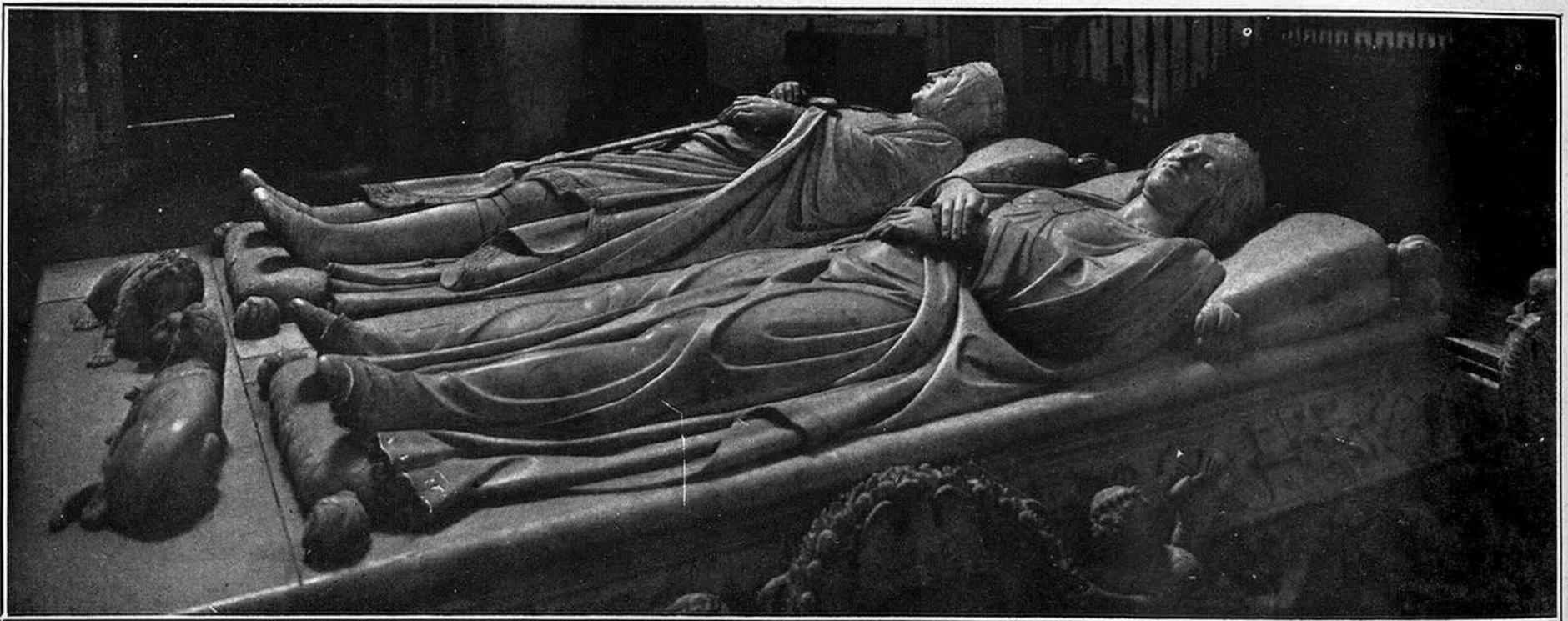
La Capilla Real de Granada



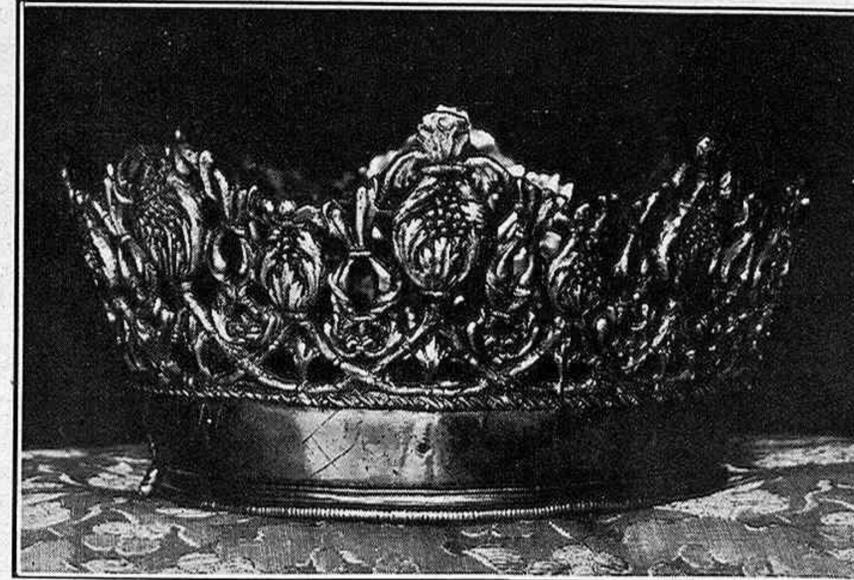
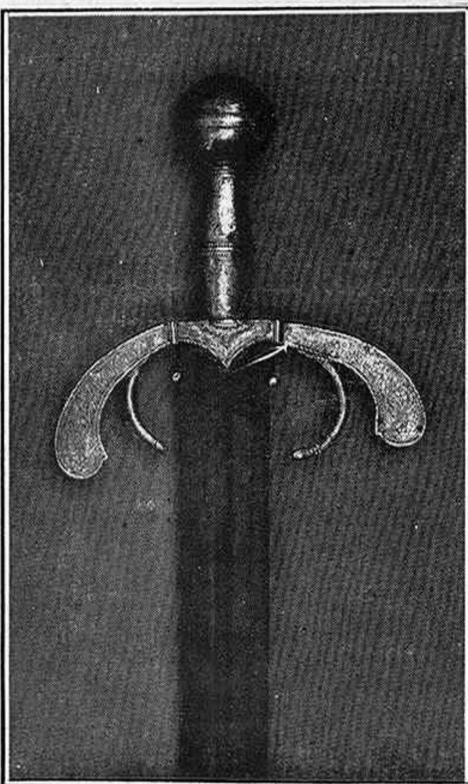
Interior de la Capilla Real

El sepulcro de los Reyes Católicos

Fancelli. Los sepulcros son de un mérito extraordinario. Se trata de verdaderas joyas del arte renacentista. La verja que sirve de entrada a la capilla mayor del templo es de altísimo valor. Está compuesta de tres cuerpos y una coronación en que se combinan adornos platerescos, figuras, un crucifijo, la Virgen y San Juan. La puerta se abre en el primer cuerpo; en el segundo está el escudo de los Reyes Católicos. Toda la verja es de estilo plateresco, con elementos corintios y ojivales.



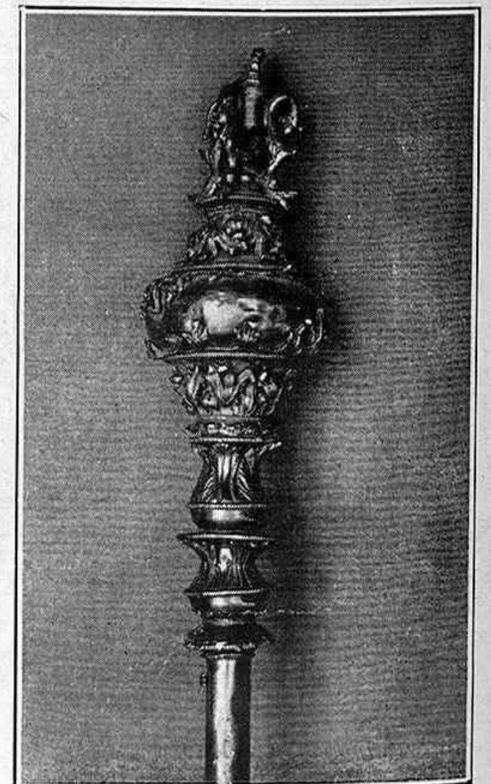
Sepulcro de los Reyes Católicos en la Capilla Real de Granada, obra escultórica de Domenico Fancelli



Corona de la Reina Isabel la Católica

Espada que usó el Rey Don Fernando en la Reconquista de Granada

Cetro de la Reina Doña Isabel la Católica (Fots. Lladó)



MAQUINARIA DE UNA FABRICA DE HARINAS

SISTEMA MODERNO
Y COMPLETAMENTE NUEVA

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briaes Ron
Puerta del Mar, 13 MÁLAGA



Las pastillas aromáticas
SEN-SEN
se venden en todas partes
á 40 cént. paquete.

Lea usted los miércoles

Mundo Gráfico

30 cts. en toda España



CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS para NOVIA

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85

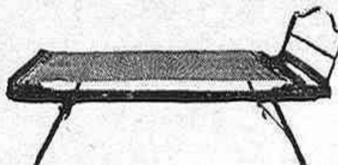
Teléfono 13.443. - MADRID



Fábrica de somniers de hierro y madera
(Sistema patentado)
FRANCISCO CALVO MARIN

Casa fundada en 1895,
primera de esta industria
establecida en la plaza

Gran Vía, 26. - GRANADA



¡No vaya encorvado!...

El pecho hundido es causa de graves enfermedades. La base de toda salud es respirar bien. Utilice nuestro enderezador **Prynce** para niños, señoras y caballeros. De peso mínimo, 50 gramos, y de volumen reducido. Su uso no ocasiona ninguna molestia al llevarse fácil debajo de la ropa. Pida folletos, adjuntando sello Correo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPEDICO
Sabaté y Alemany, Canuda, 7, Barcelona



CUIDADO CON LOS MALES DE PIES

No desatienda esta advertencia y no sufra más de males de pies, que le hacen soportar verdaderos suplicios, cuando es tan fácil el remedio para evitarlos. Los pies hinchados, ardientes y magullados por la fatiga y la presión del calzado, así como los irritados por una transpiración abundante, los callos, durezas y otras callosidades dolorosas, todos estos males se alivian y curan pronto con sencillos baños de pies en agua caliente si se añade en la misma un puñadito de Saltratos Rodell.

Basta bañar los pies durante unos diez minutos para que los peores sufrimientos desaparezcan como por encanto; los callos y durezas se reblandecen á tal punto, que puede usted fácilmente quitarlos sin navaja ni tijeras, operación siempre peligrosa. Estos baños saltratados, transformados en medicinales y oxigenados, devuelven y conservan los pies en perfecto estado.

NOTA.—Todas las farmacias, droguerías y Centros de específicos venden los Saltratos Rodell á un precio módico. Desconfíe de las imitaciones, que carecen de valor curativo, y exija siempre los verdaderos Saltratos en paquete amarillo.

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente á todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003

LARRA, 6 MADRID



¡Si no fuera calvo!...

Es tristemente frecuente el caso de hombres jóvenes, en la plenitud de su vida, que por un imperdonable descuido han dejado que su cabello se les caiga poco a poco, y contrasta horriblemente con sus facciones jóvenes el desolado aspecto de su cabeza. Lo que la estética humana pierde con una calvicie total, lo aprecian, mejor que nadie, las mujeres, amargadas muchas veces por la incuria del hombre á quien aman, y que tolera ser el blanco constante de bromas y chirigotas. Para curar la calvicie, no se dispone de otro producto que el famoso

"Protanil Sevilla"

que evita la caída del cabello, puebla las calvas prematuras y mantiene siempre el pelo en riguroso estado de limpieza

Diploma, Gran Premio, Cruz-Insignia y Medalla de Oro en la Exposición de Bruselas, 1925

Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición de Roma, 1925

Diploma de Honor en la Exposición de Jerez, 1925, con asistencia de S.S. MM.

Precio del frasco: En España, 6 ptas; en el Extranjero, 10 ptas.

6 ptas. frasco, más el timbre, en buenas perfumerías

Si no lo halla pídale al distribuidor exclusivo para España: F. Cinto, calle Ruiz, 18, Madrid, remitiendo 8 ptas. por giro postal, y lo recibirá franco de porte